

**DE LAS VÍCTIMAS REALES A LAS FICCIONALES EN LA NOVELA LOS
EJÉRCITOS DE EVELIO JOSÉ ROSERO**

**CAROLINA VÁSQUEZ CORTES
NHORA CONSTANZA ZAPATA TORRES**

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
SANTIAGO DE CALI**

2016

**DE LAS VÍCTIMAS REALES A LAS FICCIONALES EN LA NOVELA LOS
EJÉRCITOS DE EVELIO JOSÉ ROSERO**

**CAROLINA VÁSQUEZ CORTES
NHORA CONSTANZA ZAPATA TORRES**

**Proyecto de grado para optar por el
título de Licenciada en Literatura**

**ÓSCAR OSORIO
Director.**

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
SANTIAGO DE CALI**

2016

DEDICATORIA

Dedicado a los seres que nos enseñaron a soñar y forjaron con nosotras el camino para lograrlo, para Blanca, Adelfa y Pedro, por no dejarnos solas jamás.

AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría que estas líneas sirvieran para expresar el más profundo y sincero agradecimiento a nuestros padres, quienes no perdieron la fe en nosotras y fueron apoyo permanente en los momentos más difíciles de la vida y de la carrera universitaria.

A nuestros hijos que han sido el motor para luchar cada día más y demostrarles que sólo con esfuerzo y sacrificio se logran cosas importantes en la vida.

Especial reconocimiento a nuestros maestros, principalmente a nuestro director Óscar Osorio, quien con su enorme experiencia y sapiencia en el tema, orientó la feliz culminación de este proceso.

Por último a Rodolfo, por su apoyo, motivación y amor incondicional a lo largo de estos años.

A todos ellos, muchas gracias.

CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN.....	1
2. OBJETIVOS	4
2.1. OBJETIVO GENERAL	4
2.2. OBJETIVOS ESPECÍFICOS.....	4
3. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	5
3.1. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	5
4. CAPÍTULO 1. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL	6
4.1. CONTEXTO SOCIO-HISTÓRICO DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA.....	6
4.2. CONCEPTO Y CLASIFICACIÓN DE VÍCTIMA SEGÚN LA LEY 1448 DE 2011 Y EL LIBRO GUERRA CONTRA LA SOCIEDAD DE DANIEL PÉCAUT.....	22
4.2.1. Las interacciones estratégicas en el proceso de victimización.	25
4.2.2. La violencia prosaica.....	30
4.2.3. La banalización de la violencia	32
5. CAPITULO 2. ANÁLISIS DE LA NOVELA LOS EJÉRCITOS DESDE LA REPRESENTACIÓN DE LA VÍCTIMA DEL CONFLICTO ARMADO EN LA OBRA LITERARIA	37
5.1. DE LAS VÍCTIMAS REALES A LAS FICCIONALES EN LA NOVELA <i>LOS EJERCITOS</i>	37
5.1.1 Víctimas de ataques a la población civil.	39
5.1.2. Víctimas de secuestro, desaparición forzada y extorción.	46
5.1.3. Víctimas de desplazamiento.	51
5.2. CONFIGURACIÓN DE LOS PERSONAJES Y SU AUSENCIA DE FUTURO EN LA NOVELA.	56
6. CONCLUSIONES	63
7. REFERENCIAS.....	66
8. BIBLIOGRAFÍA	68

1. INTRODUCCIÓN

La violencia y la novela de la violencia no es un fenómeno nuevo en Colombia, sin embargo la visualización de la víctima del conflicto sí lo es. La novela *Los ejércitos* nos traza otra perspectiva del conflicto, nos habla desde la intimidad del afectado, desde la vivencia misma del protagonista, desde su condición de víctima. Ismael Pasos es el protagonista, narrador y víctima de dicha historia, quien se convierte en la voz de muchos otros personajes, aquellos que se han topado con un conflicto que nos es suyo pero del que deben participar.

Esta novela muestra a un hombre crítico de la realidad, un hombre que sabe cuál es el conflicto que lo aqueja, un hombre que nos deja conocer sus pensamientos, sus ansias, sus dolores y temores. Nos lleva a ahondar en un territorio nuevo, al territorio del verdadero protagonista del conflicto, aquel que participa sin saber por qué: la víctima.

Este trabajo busca indagar sobre el fenómeno de las víctimas en Colombia y cómo ellas son representadas en personajes ficticios cargados de realidad, teniendo en cuenta que la literatura posibilita o tiene la posibilidad de ser memoria crítica en la comprensión e interpretación del conflicto armado. La literatura y la crítica literaria también participan en el esclarecimiento de los diferentes fenómenos sociales. La literatura nos da cuenta de ellos y la crítica literaria valora los relatos. En el caso de la novela que aborda el tema de las víctimas, consideramos que la crítica literaria está aún en proceso de construcción, pues es muy poco lo que teóricamente se habla de ello. Algunos trabajos centran su atención desde el campo sociológico y legal, pero no desde la literatura.

El autor en la obra literaria configura sus personajes, narrador y hechos desde una perspectiva que permite fomentar una lectura crítica de los acontecimientos violentos narrados.

Es en la construcción del personaje víctima en que se fortalece la visibilización de los que no tienen voz. En *Los ejércitos*, Rosero expone las emociones de la víctima, en su protagonista configura el dolor al grado de la locura, la desesperación, la pérdida del ser amado y la desolación. En la víctima no sólo se percibe la soledad filial sino también la del individuo frente al Estado, frente a su coterráneo, pues aunque se encuentre en medio de ellos no se siente parte ni compañero de ninguno. Esta representación evidencia las imposibilidades de la sociedad en el reconocimiento y apropiación del dolor de la población civil afectada por el conflicto. Se hace visible no sólo la víctima sino su desamparo, su falta de oportunidad y la pérdida de su identidad.

En un país como Colombia, donde la mayoría de sus pobladores se han visto siempre rodeados por el conflicto, la novela *Los ejércitos* pone en el centro de la reflexión el tema de las víctimas y cumple un papel determinante en su análisis. Es muy importante tener en cuenta los actuales diálogos de paz y un posible postacuerdo, que debe llevar a la restauración de las víctimas, de sus tierras, de sus bienes y sobre todo la restitución de sus derechos como ciudadano, que la violencia bien le ha arrebatado. Es de esta manera como la novela, a diferencia de muchas otras de su género, permite no sólo visualizar la violencia del país, sino particularizar en los afectados. San José no es un pueblo cualquiera, es una pequeña radiografía de muchas poblaciones colombianas, de muchos civiles que viven diariamente la zozobra, el desarraigo y el terror.

El ejercicio literario debe estar presente en la construcción de sociedad. Estudiar las obras que en su propuesta están proyectando las necesidades del contexto en el que se desarrollan es imperante. Es por ello que nuestro propósito es evidenciar cómo se representa la víctima y establecer las distintas formas de victimización del conflicto armado colombiano en la novela *Los ejércitos*.

Para ello este trabajo se divide en dos capítulos, uno teórico-conceptual y otro enfocado al análisis de la novela, de la siguiente manera:

En el capítulo primero, hacemos un recorrido por las referencias históricas de la violencia en Colombia; así mismo, definimos el concepto de víctima desde la Ley 1448 de 2011, la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras y la Ley de Justicia y Paz. En la segunda parte de este mismo capítulo, identificamos los instrumentos teóricos que permitieron el análisis y la clasificación de las víctimas. Dichos instrumentos son: *interacciones estratégicas*, *violencia prosaica* y *banalización de la violencia*, desarrollados por Daniel Pécaut en su libro *Guerra contra la sociedad*.

Continuando con el proceso, en el capítulo segundo identificamos y analizamos las víctimas en la novela, estableciendo así tres grupos concretos: *víctimas de ataques a la población civil*; *víctimas de secuestro, desaparición forzada, extorción*; *víctimas de desplazamiento*. Los anteriores tipos de victimización, fueron estudiados desde los componentes teóricos tomados de Pécaut.

Para finalizar el segundo capítulo, se realizó la configuración de dos personajes concretos y su ausencia de futuro en la novela. Esto nos permitió ahondar en el fenómeno del desplazamiento y las diferentes consecuencias que este acarrea. Determinamos a su vez que San José se configura como un lugar ausente futuro, donde todos huyen o mueren. La anterior caracterización se logró, usando como referente teórico los postulados de Daniel Pécaut en cuanto al desplazamiento en Colombia.

2. OBJETIVOS

2.1. OBJETIVO GENERAL

Establecer las distintas formas de victimización presentadas en la novela *Los ejércitos*, con el fin de evidenciar cómo se representa el tema de las víctimas del conflicto armado colombiano en la obra.

2.2. OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Comparar y clasificar los tipos de víctimas de la población civil colombiana con las víctimas de la novela *Los ejércitos*.
- Construir el concepto de “ausencia de futuro” a partir del análisis de los personajes en la novela *Los ejércitos*.
- Focalizar en las configuraciones de los personajes las huellas del conflicto armado en Colombia.

3. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

3.1. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

En estas páginas se propone abordar el tema de las víctimas del conflicto armado colombiano y su representación en la novela *Los ejércitos* de Evelio José Rosero. Para alcanzar tal fin es indispensable ahondar en lo que ha sido el fenómeno de la violencia en nuestro país, que ha afectado a la población civil colombiana desde hace más de cincuenta años y actualmente forma parte de su día a día. No podemos decir que este fenómeno violento ha sido exclusivo de Colombia, pues Latinoamérica ha vivido una violencia generalizada a partir de sus orígenes, desde las guerras entre las diferentes tribus precolombinas por territorios, hasta la llegada de los conquistadores y más tarde con los procesos independentistas. Particularmente, Colombia ha atravesado varios momentos políticos e históricos que han hecho que la violencia tenga diferentes causas y no sea siempre la misma, pero los que siempre son los mismos son las víctimas, los dolientes, los afectados: la población civil.

Es amplio el número de publicaciones literarias que hablan sobre el narcotráfico, el sicariato, los capos y muchos otros actores directos de la violencia. Sin embargo, es muy poco lo que se ha ahondado en las víctimas de la misma. Las desapariciones forzadas, homicidios, violaciones sexuales, secuestros, minas antipersona, ataques contra la población civil, torturas, despojo de tierras, entre muchos otros, han hecho parte de la realidad colombiana y han sido tema de la literatura que afecta a la población civil, la que se representa en la novela de Rosero. Por ello, este trabajo examina la manera cómo se trata el fenómeno de las víctimas en la novela *Los ejércitos*.

4. CAPÍTULO 1. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL

4.1. CONTEXTO SOCIO-HISTÓRICO DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

Desde hace más de sesenta años, Colombia se ha visto abatida por la violencia, la injusticia y afectación de la población civil. Los diferentes enfrentamientos entre el ejército y las fuerzas al margen de la ley han dejado una totalidad de 7.821.641 víctimas registradas históricamente desde el 1 de enero de 1985 hasta la fecha¹. Ahora bien, este conflicto armado data de muchos años atrás y bien vale la pena hacer un recorrido frente a sus antecedentes.

Históricamente el periodo de la *Violencia* se puede dividir en cuatro fases significativas, tal como lo indica Marco Palacios (1995). La primera fase se remite inicialmente al tiempo comprendido entre 1945 y 1949, con el sectarismo tradicional, donde se presentaron grandes disputas entre liberales y conservadores por el control de puestos públicos, diferencias en ideologías, aspectos religiosos y tenencia de la tierra. Dicha problemática fue agudizada con el asesinato del candidato liberal a la presidencia Jorge Eliecer Gaitán el 09 de abril de 1948. Este suceso dio origen a la revuelta popular conocida con el nombre del *bogotazo* donde “Turbas ebrias y soliviantadas, que luego serían llamadas los *nueveabrileros*, incendiaron templos, tranvías, edificios públicos civiles y religiosos; abrieron cárceles y saquearon almacenes y ferreterías” (Palacios, 1995, p. 199).

Dichos sucesos, perpetrados básicamente por civiles anónimos, tuvieron eco en otras ciudades y en varias cabeceras municipales, donde se replicaron acciones como las vividas en Bogotá. Fue sólo, hasta cercanas las ocho de la noche que todo disminuyó, cuando una junta militar, sugerida por Laureano Gómez, inició la negociación que duraría 12 horas y donde se

¹ Datos suministrados por la Unidad de Víctimas hasta diciembre 01 de 2015.

aseguró lealtad absoluta del ejército y el control militar sobre la capital. Todo lo anterior acompañado de un fuerte aguacero que ayudó a extinguir las llamas y a calmar los ánimos de la turba, “aunque la pestilencia de la carne humana quemada, permanecería algunos días” (Palacios, 1995, p. 199).

El gobierno de Mariano Ospina Pérez, que había sido recibido con gran variedad de huelgas en diferentes ciudades colombianas, fue criticado duramente por el liberalismo y después del *bogotazo*, la grave situación de orden público lo llevó a convocar un gobierno de Unidad Nacional, que fracasó poco tiempo después.

La segunda fase, es aquella que abre la abstención liberal a finales de 1949 y cierra el gobierno militar en el segundo semestre de 1953. Este segundo momento se caracterizó por el enfrentamiento armado entre campesinos liberales y conservadores, además de la fuerte lucha del partido liberal por ser parte del ente gubernamental. Se vivía un clima de violencia generalizada, donde una “espiral de agravios, amenazas, riñas, y asesinatos que tenían por teatro fondas, tiendas y *cafés*; plazas de mercado, galleras y campos de tejo” (Palacios, 1995, p. 202) era el pan de cada día. Los continuos ataques y matanzas perpetradas en contra de los liberales disipaban las esperanzas de un arreglo. Representativos dirigentes políticos del momento renuncian a sus cargos, como es el caso de Eduardo Caballero Calderón, quien denunció intimidación de las autoridades conservadoras en 126 municipios, lo que hacía del nuevo proceso electoral una “farsa sangrienta”.

Poco a poco los diferentes representantes liberales fueron renunciando a su participación, tal como lo indica Palacios (1995):

El director del partido liberal, Carlos Ileras Restrepo, proclamó en el Senado que estaban rotas las relaciones públicas y privadas entre los dos partidos y ese mismo día los ex presidentes liberales se retiraron de la Corte Electoral (...) El 3, en un característico discurso, Gómez rechazó cualquier posibilidad de pacto con los liberales e invitó a su partido a votar copiosamente el 27 de ese mes. (p. 204)

Las diferentes acciones llevadas a cabo por los conservadores, además del abstencionismo liberal, generó que la violencia se extendiera aún más por las regiones andinas y los Llanos Orientales, generando así que millares de familias liberales fueran arrojadas violentamente de sus viviendas y se vieran desterradas, sumiendo a esta población civil en un estado de desprotección, abandono y pobreza.

Laureano Gómez fue elegido como el sucesor de Ospina, siendo el único candidato a la presidencia, pues Darío Echandía había renunciado objetando falta de garantías de seguridad, luego que una ola de asesinatos acabara con la vida de su propio hermano durante una manifestación encabezada por él. De esta manera se da inicio a “La revolución del orden”, que se buscaría la restauración del orden y la desmovilización y desmantelamiento de organizaciones populares e instituciones que iban en contra de la política gubernamental. Si bien se logró parte de ello, vale la pena recalcar el efecto siniestro de esta política, pues por medio de acciones de la fuerza secreta de la policía, apodados “*chulavitas*”, persiguieron, desterraron, incautaron bienes y terrenos a liberales. A esta fuerza secreta también se les acusa de llevar a cabo desapariciones y graves violaciones de los Derechos Humanos. Sin embargo, para los conservadores y los fieles católicos de la época, Gómez actuó como todo un caudillista, promoviendo y devolviendo el control educativo a la iglesia, además de promover el nacionalismo económico.

Por otra parte, inició una reforma constitucional inspirada en el gobierno español del general Francisco Franco. Sin embargo, los contextos sociales eran muy diferentes, y aunque aplicó varios puntos, lo único que logró fue un gobierno autoritario, que excluía los intereses de un gran número de representantes gubernamentales, entre ellos las Fuerzas Armadas. A finales de 1951, por cuestiones de salud, Gómez debe retirarse de la presidencia, aunque siguió ejerciendo gran influencia en el gobierno a través de Roberto Urdaneta Arbeláez quien fue su remplazo.

Las diferentes denuncias de la oposición sobre los abusos y masacres cometidos por el oficialismo, además del respaldo de un gran número de representantes gubernamentales que no estaban conformes con el gobierno de Gómez y más tarde con el de Urdaneta, apoyaron el golpe de Estado:

En la noche del 13 de junio de 1953, y con el respaldo de Ospina y de la plana mayor de la oposición conservadora, el general Rojas Pinilla anunció la consumación de un golpe de estado. La iglesia, los gremios empresariales y todos los grupos políticos, con excepción de un puñado de laurianistas y del partido comunista, lo avalaron. Este cuartelazo resultó ser uno de los cambios de gobierno más pacíficos y festejados de la historia colombiana. (Palacios, 1995, p. 211)

Es para esta fecha cuando la Asamblea Nacional Constituyente (ANAC) notifica que ha quedado vacante la presidencia y legaliza así el título presidencial de Gustavo Rojas Pinilla hasta agosto de 1954. La subida al poder genera gran optimismo en la población colombiana, sobre todo en los liberales, pues entre sus primeras disposiciones brinda el indulto y la amnistía a los presos políticos y guerrilleros en armas, restaura la libertad de prensa fijando una serie de límites

y predica la reconciliación entre los partidos. Durante su primer año de gobierno hizo una gira por todo el país, con el ánimo de ser reelegido, y logró una disminución sustancial en la cifra de los muertos por *la violencia* donde cayó de 22.000 a 1.900 en 1954 -55. (Palacios, 1995, p. 212)

En 1954, Rojas Pinilla convocó a la Asamblea Nacional Constituyente (ANAC) y manifestó que aún no existían condiciones de orden público que permitieran efectuarse las elecciones presidenciales, así que dejaría el poder sólo cuando existieran garantías del retorno de principio democrático. Durante su mandato se dieron grandes obras de infraestructura, trajo el servicio de televisión al país, propuso y consiguió el derecho al voto femenino, entre otros.

La tercera fase es la de los *pájaros*, que se extiende de 1954 a 1958, según Palacios (1995). Mientras el gobierno militar de Rojas Pinilla había gozado inicialmente de una gran aceptación, poco a poco pierde fuerza y una serie de sucesos, mal gestionados de su parte, dejan muy claro el clima político que se vivía en la época. Ejemplos concretos de esto son el sinnúmero de heridos y los 13 estudiantes asesinados el 9 de junio de 1954, cuando una marcha estudiantil fue disipada a balazos por el Batallón Colombia. Por otra parte, a comienzos de 1956, ocho personas fueron asesinadas y más de un centenar resultaron heridas en la plaza de toros de Bogotá, por no gritar apoyo al gobierno y sí a Lleras Camargo, además de haber abucheado a su hija María Eugenia, quien dirigía una entidad oficial. Todo lo anterior generaba malestar entre los colombianos, sin embargo “la pacificación del Llano, la bonanza cafetera, la estabilidad monetaria y el flujo continuo de los empréstitos internacionales, eran cartas demasiado fuertes para que alguien apostara al cambio de régimen”. (Palacios, 1995, p. 214)

Los brotes de violencia, surgidos más o menos en 1946, habían tomado mucha más fuerza durante el *bogotazo* y sus días siguientes. Para 1952 el sur del Tolima era un completo escenario

sanguinario entre los *limpios* (liberales) y los *comunes* (comunistas). Aparte del Tolima, los principales grupos de actividad guerrillera se registraron en los Llanos Orientales. De la misma manera se evidenciaron estas problemáticas en Urrao, Antioquia; Yacopí-La Palma en Cundinamarca, Crararé-Opón en Santander y Puerto Wilches-Bucaramanga. Todas estas regiones se vieron afectadas por diferentes actores armados, tal como señala Palacios (1995):

Los actores principales fueron el ejército, la policía y fuerzas paramilitares conservadoras: *las guerrillas de la paz* en los Llanos, la *contrachusma* de Antioquia, los *patriotas* en el Tolima y la *policía rural* en el noroccidente de Cundinamarca, supuestamente enfrentados a *comandos guerrilleros* auxiliados por la población liberal. Estas bandas eran de diferentes tamaños y configuraciones; conectadas por lo general con una red de apoyo logístico, entre 10 y 50 hombres en armas, aunque llegó a haber algunas de 500. Entre 1948 y 1953 operaban unas 200 en todo el país. (P. 226)

Los *pájaros*, como fue llamado este grupo armado ilegal, había venido gestándose desde 1947 en Tuluá, Cartago, Buga y Palmira y poco a poco tejieron redes criminales que afectaron a gran parte de la población cafetera del norte del Valle y el Quindío. Durante el gobierno de Rojas Pinilla, la *pajaramenta* llevaba a cabo actos crueles, asesinando a pobladores de maneras altamente violentas y sembrando el terror en los diferentes lugares que visitaban. *El Cóndor*, como era llamado León María Lozano era el jefe máximo de los *pájaros* y se dice recibió alta protección y justificación de sus actos desde el mismo palacio presidencial.

La cuarta fase es la residual, que va de la caída de Rojas Pinilla a 1964, donde se presenta un cuadro de descomposición, gamonalismo armado e intentos de reinserción de las bandas a la

vida civil. El gobierno de Rojas Pinilla fracasó en gran medida por desatender los intereses de los grupos básicos que respaldaron inicialmente su subida al poder. Diferentes manifestaciones a partir de 6 de mayo por parte de la iglesia, los partidos, la bancada, la industria, los sindicatos y los estudiantes, presionaron para que en la madrugada del 10 de mayo Rojas manifestara su renuncia y partiera al exilio. Se da así una junta militar y más tarde la transición al gobierno de coalición bipartidista denominado “Frente Nacional” donde se pactó la sucesión por cuatro periodos (16 años) de la presidencia, distribución equitativa de los ministerios y de las ramas del poder público, candidatos presidenciales elegidos por acuerdo bipartidista y la distribución igualitaria de las curules. Esta etapa de la historia colombiana, conocida con el nombre de la *Violencia*, dejó un saldo aproximado de entre 200.000 a 300.000² muertos, entre 1946 y 1964.

Ahora bien, todo el anterior conflicto dejó graves rezagos en diferentes lugares del país, principalmente en aquellos donde la producción de café, la comercialización de ganado y los grandes terrenos eran lugares propicios para la extorción. En el texto *Colombia País fragmentado* de Palacios, M. & Safford, F. (2002) llaman a este momento *la violencia mafiosa*:

Aparecieron bandas armadas que, aunque ligadas a las luchas partidistas y a los gamonales, crearon sus propios espacios y sus propias reglas. Si bien las bandas surgieron de la confrontación entre liberales y conservadores más adelante, muchos propietarios, ante el temor de ser barridos por sus enemigos, acudieron a ellas. Imperceptiblemente engranaron con el negocio y el negocio se cobijó en el conflicto político. (p. 642)

² Datos tomados de Pécaut (2001) y Palacios (1995).

Es así como podemos observar que dicho conflicto inicial dio pie para la formación de grupos o cuadrillas que se valieron de este para beneficiarse económicamente y que más tarde serían el comienzo de las guerrillas revolucionarias.

Entre 1961y 1980 se da la conformación de los grupos armados revolucionarios y suele llamarse este periodo, según Palacios, M. & Safford, F. (2002), con el nombre “del conflicto armado”:

Con este término se alude a la insurrección de organizaciones guerrilleras cuyo fin es transformar revolucionariamente el orden social y el Estado que lo protege, y la respuesta de los institutos castrenses y de organización paramilitares. Entre 1962 y 1966 se fundaron el Ejército de Liberación Nacional, ELN, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, las dos organizaciones guerrilleras que siguen combatiendo a principios del siglo XXI. Atendiendo a sus orígenes representan dos grandes modalidades guerrilleras: la agraria-comunista y la foquista. La primera corresponde a las FARC y la segunda al ELN y otras organizaciones como el Movimiento 19 de Abril, M-19. El Ejército Popular de Liberación, EPL. (p. 645)

Por otra parte, casi en este mismo lapso, 1970, surgen los denominados paramilitares u autodefensas, grupos armados ilegales de extrema derecha que fueron creados con el ánimo de ayudar al Ejército Nacional a combatir a la extrema izquierda (guerrillas colombianas). Ya en la década de los 90 conformaron una entidad mayor llamada Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Este se encontraba constituido por campesinos, ganaderos, hacendados y pequeños industriales quienes cansados de las continuas agresiones de los grupos al margen de la ley decidieron tomar la justicia por sus propia cuenta. Durante su creación y desarrollo se vieron

involucrados varios agentes del Estado tales como militares y policías; de la misma manera, altos representantes políticos y judiciales, han sido vinculados a dicho grupo nombrando a este aspecto como la parapolítica.

Aunque las autodefensas surgieron para defenderse de las ya constituidas guerrillas y ser un elemento anti-insurgente del Estado, terminaron transformándose en un actor directo del conflicto, sembrando entre la población olas de terror con las masacres y la expulsión generalizada de campesinos, fenómeno que ha sido llamado “desplazamiento forzado”. Por otra parte este grupo armado se vio directamente implicado con la mafia de la droga que surgió en los años 80 y que poco a poco fue formando parte del lenguaje nacional, tal como lo explica Palacios (2012) en su libro *Violencia pública en Colombia, 1958 -2010*: “A comienzos de la década de 1980 nuevos vocablos como *cartel de Medellín*, *narco-guerrilla*, *extraditable* quisieron dar cuenta de la realidad evidente, pero aún indescifrable, del nexos entre drogas y violencia” (p. 115).

Es así como el narcotráfico empieza a formar parte de los protagonistas u actores de la violencia y aunque dio sus primeros pasos en la década de 1970, con una pequeña escala de exportaciones de cocaína a Estados Unidos e importaciones locales a Cali y Medellín de pasta base de cocaína, no fue sino hasta 1980 cuando poco a poco permeó cada uno de los estamentos nacionales, alcanzando popularidad y acogida ya sea por el beneficio económico que representaba o por el temor que los *capos* ejercían en la población. De manera rápida tomaron fuerza los grandes carteles de la droga:

Organizaciones clandestinas con un entramado de empresa y delito. De estas el cartel de Medellín, conformado principalmente por Pablo Escobar, la familia Ochoa, Carlos Lehder y José Gonzalo Rodríguez Gacha, “El Mexicano”, fue el

más violento y tuvo una base militar más ramificada y extendida que su gran rival de Cali”. (Palacios, 2012, p.117)

El negocio de la droga involucró en sus líneas desde los jóvenes de los sectores deprimidos a los que preparó en el oficio de matar (sicarios), hasta los elementos de poder judicial y político a nivel nacional, tal como señala Palacios (2012) “Los dos carteles aprendieron a conjuntar el trabajo de sicarios y abogados, las políticas de *plata o plomo* y, mediante campañas de terror y legalismo, doblegaron gobiernos y políticos profesionales”. (p. 117).

Con el descubrimiento de *Tranquilandia* (enorme complejo de laboratorios, viviendas y pistas para transformar la pasta en cocaína) en el departamento del Caquetá, se dio por sentado la relación entre las FARC y el narcotráfico. Sin embargo, aún había mucho por indagar entre estas relaciones de insurgencia, narcotráfico y Estado.

Es importante destacar que es en esta década donde el país experimentó una gran transformación económica, pues dejó de ser un país eminentemente cafetero a un país minero y cocalero, explotando recursos como el carbón, el petróleo y el oro. Sumando a este nuevo desarrollo económico la industria ilegal de la coca en el suroriente del país, donde creció vertiginosamente.

Estas transformaciones a nivel económico y social, inciden en el conflicto armado tal como lo explica Daniel Pécaut en su libro *Guerra contra la sociedad* (2001), al hablar de *violencia prosaica* y *violencia banalizada*. La falta de claridad en cuanto a quiénes son los actores del conflicto, debido a las similitudes en sus expresiones de poder, terror y colaboraciones internas, impiden reconocer la autoría de los hechos violentos, poniendo en

evidencia la debilidad del Estado para contrarrestarlos y creando las razones para hablar de una *violencia prosaica*.

Hacia 1990 el conflicto armado colombiano había crecido rápidamente. Aunque los grandes carteles del narcotráfico estaban siendo asediados por la fuerza pública, su actividad económica no disminuía, por el contrario se fortalecía en la medida en que se constituían las escuelas de sicariato. Dichos lugares eran patrocinados por los carteles en la búsqueda de mercenarios que contribuyeran al mantenimiento del poder. La violencia dejó el campo y se trasladó a la ciudad; de las milicias urbanas, creadas por el ELN y las FARC, quedaron grupos de jóvenes reclutados por el narcotráfico y usados en su beneficio.

Entre 1990 y 1992 se incrementaron considerablemente los homicidios en regiones del país que tenían relación con el cultivo, procesamiento y distribución de la droga. Dichos sucesos son incluidos por Pécaut (2001) en lo que él llama *violencia desorganizada*, donde se da la lucha por el manejo de los recursos y se generan interacciones de los diferentes actores del conflicto, con el fin de preservar el poder del territorio. Sin embargo, no todos los homicidios registrados correspondían a la guerra del narcotráfico, como en Antioquia, Arauca, Guaviare y Meta³ en donde fue indiscutible el crecimiento de los asesinatos de carácter político, clasificados en lo que Pécaut denomina *violencia política*. La coexistencia de ambas violencias en el territorio permitió fortalecer los lazos entre guerrilla, paramilitarismo, narcotráfico y política, en la medida que las acciones conjuntas posibilitaban la supervivencia de cada grupo; coexistencia definida por Pécaut como *interacciones estratégicas*.

³ Los datos aquí registrados son tomados del cuadro 3, propuesto por Daniel Pécaut para un estudio de los índices de crecimiento en las tasas de homicidios y la definición de dos tipos de violencia dentro del conflicto, que pasará a llamar *violencia "política"* y *violencia "desorganizada"*.

Dichas interacciones, en donde el ejército oficial, el paramilitarismo y la guerrilla, colaboraban en la apropiación de territorios portuarios y rurales en crecimiento, se fortalecían en la medida en que el narcotráfico dejaba de ser un negocio naciente y se convertía en una cultura, una forma de vida, que garantizaba la subsistencia de los grupos armados. Dentro de este contexto aparecieron fuertemente las acciones del paramilitarismo y la arremetida contra grupos político-militares de izquierda, específicamente del partido político Unidad Patriótica (UP), quienes disminuyeron en cantidad, debido a los ataques paramilitares constantes.

Es así como, los diferentes actores del conflicto se apoderaron de territorios con la premisa de hacer justicia y preservar el orden, permitiendo la proliferación de organizaciones urbanas o rurales, diferentes al paramilitarismo y la guerrilla, en las que aumentó la criminalidad de la *violencia desorganizada*. Es importante hablar aquí del amparo gubernamental en las acciones delictivas, pues aunque se dieron entre 1982 y 1992 diálogos con los actores del conflicto, también se desarrollaron propuestas como las rebajas de pena, la supresión de la extradición o rendición de narcotraficantes y con ellos beneficios en su condena, que permitieron el descrédito del Estado en el tratamiento del conflicto frente a la opinión pública. Estas interacciones se dieron, principalmente, en el orden económico: “El gobierno ha ayudado al lavado del dinero de la droga abriendo en primer lugar, una ventanilla especial en el banco de la Republica con ese fin y procediendo enseguida a numerosas amnistías fiscales” (Pécaut, 2001, p. 118).

La sociedad civil es hija de la violencia y el recuerdo de la misma deformó los valores morales. Por ello, la idea de ingresar en la filas de los ejércitos ilegales era la mejor opción para tomar venganza o por lo menos garantizar justicia y seguridad. No existía la credibilidad en las organizaciones sociales, éstas se habían fragmentado, permitiendo el malestar en la sociedad,

principalmente juvenil, quienes encontraban en los grupos armados una salida a la problemática. De esta manera, y como lo muestra Pécaut, la memoria de la violencia permitió y mantuvo los motivos para que la misma se propagara en diversas vertientes.

Hablar de la memoria de la violencia nos lleva entonces a la *violencia banalizada*, entendida como la mutación de los valores, mediados por los cambios sociales ocurridos en más de 40 años de conflicto. Es la muestra de que la violencia se generaliza permitiendo su prolongación, por lo que Pécaut (2001) concluye que “Si la violencia modifica el tejido social como las regulaciones institucionales, no altera sino moderadamente las dinámicas macroeconómicas y macrosociales” (p.148). El recrudecimiento de la violencia fue inevitable, los atentados con carros bomba y demás, los secuestros individuales y masivos, se convirtieron en las estrategias de mayor uso por los grupos criminales. Durante los años 90 se puso en funcionamiento la justicia sin rostro, debido a los asesinatos y las amenazas en contra de los funcionarios judiciales. De la misma manera la opinión pública se vio sesgada y controlada.

Las mafias narcotraficantes, como el cartel de Cali, manejado por los hermanos Rodríguez Orejuela y el de Medellín a manos de Pablo Escobar, se enfrentaron por territorio y por el mercado estadounidense a partir 1986 hasta 1993. La guerra declarada entre ambos carteles costó la vida de muchas personas, sumiendo a Colombia en una batalla sin tregua y a la población civil en un estado de temor absoluto. Pablo Escobar fue asesinado en diciembre del mismo año al ser abatido por miembros del Bloque de Búsqueda en Medellín y los hermanos Rodríguez Orejuela encarcelados y extraditados. Se dijo que este fue el fin del narcoterrorismo; sin embargo, los homicidios y las bandas criminales que tenían nexos con estas entidades continuaron. Nuevamente se aflora un recrudecimiento del conflicto durante los gobiernos de Andrés Pastrana y Álvaro Uribe Vélez.

El primero de ellos inició diálogos de paz con las FARC en 1998, buscando la liberación de soldados, policías y suboficiales secuestrados por dicha organización. La primera acción realizada fue generar un territorio de despeje de 42.000 km. cuadrados por parte de la fuerza pública en los departamentos del Meta y Caquetá, para así dar inicio a los diálogos. Según altos dirigentes de las FARC, dichos diálogos no solo debía pretender liberar los secuestrados sino hacer un canje por los integrantes del grupo insurgente que se encontraban recluidos en centros carcelarios del Estado, además un desmonte del paramilitarismo⁴. Se generó así la zona de distensión, pero la mala disposición del grupo armado, la improvisación del Estado y la poca organización, llevaron a generar un aumento significativo en la actividad paramilitar, en los secuestros, las extorsiones y ataques a la población civil. Por todo lo anterior, el 20 de febrero de 2002 el proceso Pastrana - FARC llegó a su fin luego del secuestro del ex congresista Luís Eduardo Gechem a manos de esa guerrilla.

En agosto del mismo año asumió la presidencia Álvaro Uribe Vélez e inició su mandato implementando una política de seguridad democrática. Esta planteaba que debían fortalecerse las actividades y la presencia de órganos de seguridad a lo largo del territorio nacional y donde la sociedad debía colaborar con dichos órganos para obtener el éxito frente a los grupos al margen de la ley, tal como lo plantea en el Plan Nacional de Desarrollo 2002- 2006:

En última instancia, la política de Seguridad Democrática busca la construcción de un orden social que proteja y beneficie a los ciudadanos en sus diferentes

⁴ Estas demandas fueron hechas expresamente por el comandante de las FARC en la *Carta abierta al presidente de la república: Ley de canje, listado de prisioneros de la fuerza pública*, el 21 de septiembre de 1998. Biblioteca de la paz. Tomo V: *Gobierno del presidente Andrés Pastrana 1998-2002. Diálogo, negociación y ruptura con las FARC- EP y con el ELN*. (2009).

espacios y ámbitos, asegure la viabilidad de la democracia y afiance la legitimidad del Estado.

La responsabilidad primordial de velar por los derechos y libertades del ciudadano corresponde al Estado. Pero la seguridad es también el producto del esfuerzo colectivo de la ciudadanía. La participación activa de ésta y de todos los sectores de la sociedad civil (...), es parte esencial en el fortalecimiento de la democracia. (p. 31)

Es así como se crean las redes de cooperantes, la estimulación en la desertión dentro de los grupos armados ilegales, el ofrecimiento de recompensas a informantes, la creación de unidades de soldados campesinos y el aumento significativo en el presupuesto asignado a la defensa nacional. Por otra parte, se llevan a cabo acciones militares estratégicas que generan debilitamiento de la guerrilla, aunque no ocurre igual con los grupos paramilitares, pues continúan su accionar, pero ya como carteles de droga con gran capacidad militar.

Es a partir del 2003 que se inicia el proceso de diálogo y negociación para la desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) tras la promulgación de la ley de justicia y paz en 2005, generando así la desmovilización de 30.000 integrantes del grupo armado y la entrega de los principales jefes paramilitares.

Durante el gobierno de Uribe no se produjeron más acercamientos entre las FARC y el Estado que para concertar acuerdos humanitarios, no hubo viabilidad a diálogos de paz y mucho menos a canje humanitario. Por otra parte, no se logró ninguna cercanía con los guerrilleros del ELN por discrepancias entre las partes, principalmente por la fuerte crítica realizada por dicho grupo a la propuesta de seguridad democrática.

Este periodo se vio rodeado de varias irregularidades frente al manejo de la fuerza pública y varios personajes representativos de la política se vieron implicados en escándalos de parapolítica y de “*falsos positivos*”⁵. Actualmente la Fiscalía investiga más de 3000 casos y aunque ya han sido judicializados varios militares y más de 180 batallones se encuentran en investigación, los resultados son mínimos teniendo en cuenta el número de implicados y de víctimas. Además de la impunidad, en la mayoría de estos casos, son realmente preocupantes los vínculos que se han suscitado entre el ex-presidente Álvaro Uribe Vélez y los altos mandos militares, que han puesto en tela de juicio algunos procedimientos del Gobierno Nacional.

Actualmente, el gobierno de Juan Manuel Santos, llevó a cabo diálogos para un proceso de paz con las FARC, iniciado el 04 de septiembre de 2012 y que presentó un momento determinante el 23 de septiembre de 2015, cuando llegaron a un acuerdo histórico para imponer penas restrictivas de libertad a los principales líderes de la organización, la renuncia a las armas por parte el grupo y fijar un plazo máximo de seis meses para firmar el fin del conflicto. Si bien han surgido muchas críticas frente a este proceso y las posibles condenas que serán otorgadas a los miembros del grupo guerrillero, también es cierto que es uno de los mayores avances, en términos de paz, presentados en este conflicto que supera ya las cinco décadas. Por primera vez se ha vislumbrado la posibilidad de un posconflicto y ya se ha emprendido el proceso de reconocimiento y reparación a las víctimas, que resulta aún precario debido no sólo al gran

⁵ Se le conoce con este nombre a los civiles asesinados por el Ejército Nacional de Colombia y que han sido clasificados como guerrilleros muertos en combate dentro del marco del conflicto armado. Estos asesinatos tenían como objetivo mostrar resultados tangibles en las brigadas de combate para de esta manera acceder a beneficios ofrecidos por efectividad a manos del Gobierno Nacional; todo lo anterior bajo la política de seguridad democrática. Aunque la problemática inició aproximadamente en el 2002, no fue sino hasta el 2008 cuando se dieron a conocer los casos de más de 19 civiles muertos y que fueron presentados por la fuerza pública como guerrilleros caídos en combate. Todos los casos habían sido reportados días antes por sus familias como desaparecidos.

número de ellas, sino a su continuo aumento, pues cada bando siguió dando pequeños golpes para debilitar al adversario, lo que ha generado un ambiente de desconfianza y de fuerte crítica, no sólo por los medios de comunicación, sino por la ciudadanía en general.

4.2. CONCEPTO Y CLASIFICACIÓN DE VÍCTIMA SEGÚN LA LEY 1448 DE 2011 Y EL LIBRO GUERRA CONTRA LA SOCIEDAD DE DANIEL PÉCAUT.

La conceptualización de víctima en el conflicto armado es una tarea que se ha venido desarrollando de manera lenta. Sin embargo, hoy contamos con un avance positivo pues ya hay una aclaración específica del concepto, es el tema central en el acuerdo de paz y cuenta con una legislación del derecho a la verdad y reparación de las mismas. En el presente apartado, estudiaremos la evolución del concepto y su clasificación, con base en la Ley de víctimas y restitución de tierras, la Ley 1448 de 2011, el documento sobre el acuerdo de víctimas del conflicto, publicado por la Presidencia de la República, y la aproximación hecha por Daniel Pécaut en su libro *Guerra contra la sociedad* (2001).

La ley de víctimas y restitución de tierras, solo tiene en cuenta a quienes se ven afectados desde 1985 hasta hoy en día, dejando de lado aquellos que fueron agraviados por la época de la *Violencia*, puesto que, como lo dice el Derecho Internacional Humanitario “no toda forma de oposición violenta puede considerarse conflicto armado” (Valencia, A. 2007. p. 93). Por ello, es necesario precisar el concepto *conflicto armado*, término que el Derecho Internacional Humanitario, de acuerdo a los Convenios de Ginebra de 1949 en su artículo 3, explica así:

Un conflicto armado interno constituye toda situación de violencia regular, generalizada e incontrolable que se produce en la esfera interna de un Estado y ello al margen del eventual grado de organización interna que tengan las partes

enfrentadas así como el grado de nitidez con que pueda procederse a la identificación de las fuerzas gubernamentales y no gubernamentales. (Valencia, A. 2007. p. 93)

Por lo anterior, tendremos en cuenta para este análisis, las víctimas que se relacionen a las fechas ya mencionadas. Ahora bien, en Colombia se hizo claridad frente al concepto víctima solo hasta después de 2005, con la Ley de Justicia y Paz. Si bien antes había una preocupación por el número de afectados del conflicto interno, no se establecía una interpretación real y justa de cómo llamar a quienes sufrían los estragos de la violencia. En el segundo capítulo de la Ley de Justicia y Paz, llamado “*Es el tiempo de las víctimas*” se hace una reflexión frente a este aspecto:

Las víctimas eran invisibles hasta hace muy pocos años. Sin duda, todo el mundo lamentaba la dolorosa suerte de las víctimas de las guerras o las dictaduras, pero las víctimas no eran concebidas como sujetos de derechos a la verdad, a la justicia y a la reparación. (Pizarro, E. & Valencia, L. 2009. p.45)

En el afán de identificar los tipos de violencia y sus motivaciones, se ignoró a la víctima, su situación y su dolor. Las actividades de múltiples organizaciones que buscaban la reivindicación de las víctimas, introdujeron en el actuar jurídico, la importancia de las mismas en los procesos de memoria de la violencia y construcción de paz. Entonces, en la Ley de Justicia y Paz, se define víctima como aquella persona o grupo de personas que sufren un daño, de manera directa en el desarrollo del conflicto armado. Sin embargo, ésta no es clara en cuanto a los daños que les hace ser reconocidos como tal, la intensidad y duración del conflicto, como tampoco tiene en cuenta gran parte de los delitos cometidos por agentes del conflicto como el paramilitarismo.

Por consiguiente, en el 2011 se legisla la Ley 1448, también conocida como *Ley de víctimas y restitución de tierras*, con la cual se pretende dar atención, asistencia y reparación integral de las víctimas del conflicto armado interno. En ésta, se elabora la definición más clara de víctima con la que contamos en el país, exponiendo en el artículo 3° que:

Se consideran víctimas, para los efectos de esta Ley, aquellas personas que individual o colectivamente hayan sufrido un daño por hechos ocurridos a partir del 1° de enero de 1985, como consecuencia de infracciones al Derecho Internacional Humanitario o de violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de Derechos Humanos, ocurridas con ocasión del conflicto armado interno. (Ley 1448. 2011)

En el mismo artículo se entiende como víctima a familiares y conyugue, o quienes hayan sufrido un daño interviniendo en las acciones de victimización. También son víctimas, los miembros de la Fuerza Pública que cumplan con la caracterización de víctima; miembros de grupos armados al margen de la ley, siempre y cuando sean menores de edad en el momento en el que se desmovilizaron; la o el cónyugue, compañero o compañera, o los parientes de los miembros de grupos armados al margen de la ley. Las acciones que incurren como hechos de victimización son: homicidio, desaparición forzada, desplazamiento, violaciones sexuales, y otros delitos contra la integridad sexual, secuestro, despojo de tierras, minas antipersona y otros métodos de guerra ilícitos, así como ataques a la población civil.

Teniendo claro esto, identificaremos los sucesos de victimización, según Daniel Pécaut, que están en completa concordancia con el Derecho Internacional Humanitario y que aplican dentro de los parámetros de la Ley 1448. Dentro de la victimización presente en el conflicto armado encontramos todas las acciones antes descritas y todas ellas perpetuadas por los

diferentes actores del conflicto. Así mismo Pécaut, nos da a entender que víctima no es sólo aquella persona que haya sufrido en carne propia las adversidades del conflicto armado, sino también aquellos que son herederos de la misma.

Partiendo del hecho de que la violencia se generaliza y se convierte en parte del diario vivir de la población, que sus actores se mimetizan, creando alianzas que permiten la subsistencia, Pécaut (2001) expone que “poco importa que la población sea arrastrada a su pesar: el resultado está allí, es decir, la población se encuentra inscrita en la lógica de la guerra” (p.18). De la misma manera plantea que la violencia que se vive bien puede ser una guerra civil. Sin embargo es más apropiado hablar de una *guerra contra la sociedad*, puesto que “mientras crecen los enfrentamientos, más se afectan los más vulnerables y, como siempre ocurre, más se acentúa su miseria y se agudizan sus desigualdades” (p.15).

A continuación analizaremos cómo esa violencia que se ha generalizado, está directamente relacionada con tres postulados dados por Pécaut, donde plantea que las *interacciones estratégicas*, la *violencia prosaica* y la *banalización de la violencia* son elementos propios del conflicto armado colombiano, relacionándose cada una entre sí y dando continuidad a la otra.

4.2.1. Las interacciones estratégicas en el proceso de victimización.

Todas las víctimas que ha arrojado el conflicto armado colombiano, que ya superan los siete millones, han sido el resultado del accionar de unos actores bien definidos en el proceso. Tal como lo indica Pécaut (2001) las “guerrillas son el primer protagonista en hacer abiertamente irrupción en la escena y, durante un tiempo, la van a monopolizar, con los militares y los policías” (p. 116). Específicamente este fenómeno se da en los años de 1978 a 1980. Más tarde intervendrán de manera activa los paramilitares y en algún momento los narcotraficantes.

Actualmente en la escena del conflicto se determinan como actores principales a las guerrillas, los militares y los paramilitares. Cuenta de esto lo vemos reflejado en el *Informe General de Memoria y Conflicto* entregado por el Centro de Memoria Histórica a la Presidencia de la República en el 2013:

Los relatos sobre estos hombres y mujeres que ejecutan los actos de violencia contra la población civil varían de acuerdo a la región el país o al régimen armado impuesto por las guerrillas, los paramilitares o los miembros de las Fuerzas Militares, según la historia política y organizativa local. Sin embargo, las narrativas de las personas residentes y/o víctimas sobre los actores armados presentan algunos énfasis narrativos comunes que giran alrededor de la manera como relatores y relatoras reconocen los rasgos físicos, palabras y comportamientos de los agentes armados. (p.338)

Ahora bien, estas vinculaciones o participaciones de los diferentes actores del conflicto dentro de un mismo territorio o con fines comunes dieron inicio a lo que Pécaut llama las *interacciones estratégicas*. Se plantean entonces tres campos concretos donde participan y se mezclan los protagonistas del conflicto. El primer campo hace referencia a lo político y podemos vincular allí a los militares, las guerrillas y los paramilitares; el segundo, constituido alrededor del campo de la droga y el narcotráfico; el tercero, relacionado directamente con las tensiones sociales organizadas o no. Si bien son campos diferentes cada protagonista ha intervenido en su momento en cada uno de ellos. Es así como el narcotráfico participó activamente del campo político en los años 80 y 90. Por otra parte, las guerrillas, que inicialmente buscaban intervención en el campo político, encontraron en los grupos de delincuencia organizada, colectividad al que inicialmente combatían, un ayudante más en el momento de llevar acabo secuestros, además de

ver en el narcotráfico y la droga una de las mejores maneras para su financiación como grupo armado:

Desde mediados de 1975 las FARC habían encontrado en el narcotráfico una nueva fuente ingresos. Todo comenzó cuando dejaron de entrar en sus zonas a narcotraficantes que venían con la gran idea de impulsar el cultivo de la coca. En 1980, el 80% de la producción de hoja de coca se realizaba en las áreas controladas por las FARC. (Duzán, 1993, p. 76)

De la misma manera las organizaciones paramilitares fueron altamente cooperativas con los carteles de las drogas:

Las organizaciones paramilitares han sido también el producto de la cooperación establecida entre numerosos militares y narcotraficantes frente a las guerrillas (...) Bajo la égida de los militares y de Gonzalo Rodríguez Gacha fue creada, en Puerto Boyacá, una escuela de formación de paramilitares que incluso contrató los servicios de mercenarios ingleses e israelienses. (Pécaut, 2001, p. 118)

Surgió así una nueva sociedad conocida en Colombia como el narco-paramilitarismo, donde no sólo estaban presentes los rigores dañinos del narcotráfico, sino además la oleada de terror que sembraban los paramilitares:

El país comenzaba a ser azotado por una violencia proveniente de un nuevo fenómeno, mucho más complicado y difícil: la alianza entre los grupos paramilitares y el narcotráfico, la cual se conocería después con el nombre del narco-paramilitarismo. Inicialmente esta alianza se consolidaría con el propósito de golpear a la guerrilla y de frenar el comunismo. Sin embargo, lentamente su violencia se iría extendiendo y crecería en escala: no sólo asesinaría a líderes de

izquierda, sino a campesinos inocentes, a jueces, a periodistas y a policías.
(Duzán, 1993, p. 71)

Por otra parte se han hecho evidentes pactos entre los narcotraficantes y los actores institucionales, donde el gobierno ha favorecido muchos de sus procesos judiciales, además de proceder con amnistías y generar métodos para el lavado de activos. En general la economía de la droga llegó a alterar todas aquellas separaciones que antes se encontraban bien delimitadas.

La violencia inscrita en la cotidianidad de la población civil, establece nuevas formas de relaciones en sociedad, esto se evidencia en la falta de opinión ante los hechos violentos. Las víctimas hacen parte de un relato heredado. Así mismo las relaciones entre los agentes del conflicto y las víctimas ya están organizadas bajo el precepto de supervivencia. Antes ya hablábamos de la necesidad de hacer parte de la violencia o huir de ella. Las *interacciones estratégicas* se dan entre todos los agentes, las masacres perpetradas por un grupo pero que se le adjudica a otro, es algo común, la población no sabe quién es el causante de uno u otro atentado. Como lo dice Pécaut (2001) “el acostumbramiento a las transacciones, incluidas las violentas, hace el resto, incitando a no distinguir en todo los excesos, sino la continuación de estrategias ordinarias” (p. 138).

En estas formas de interacción no solo participan los actores no gubernamentales, las instituciones públicas juegan un papel muy importante, pues son, en gran parte, las que permiten el avance del conflicto. Así como algunos antes del poder procuran procesos de paz, la mayoría de ellos están habituados al tratamiento de la ley para beneficiar al grupo de poder del momento, lo mostrábamos anteriormente, en donde exponíamos las estrategias gubernamentales que permitieron el flujo de dineros del narcotráfico en campañas electorales y demás. Vemos

entonces cómo un actor del conflicto se vincula con otro en la consecución de un beneficio común, unos intereses comunes:

No hay que olvidar tampoco, como lo han mostrado numerosas investigaciones, la colaboración de algunos militares, que han prestado en algunas ocasiones un sostén logístico a las operaciones paramilitares y, con alguna frecuencia, han cerrado los ojos ante su desarrollo. (Pécaut, 2001, p.178)

Las víctimas de estas interacciones conviven con la violencia y el dolor, se acostumbran y no busca un solo culpable de la crudeza del conflicto; pierden toda confianza en los estamentos gubernamentales y buscan asociaciones que les permitan vivir medianamente alejados del problema, o en su defecto, aceptan voluntariamente renunciar a la libertad a cambio de un poco de seguridad. Esto es mucho más común en zonas aisladas, donde los diferentes actores se apropian del terreno y de los polos de producción de riquezas y la población civil no tiene más salida que acoger el “orden” que la guerrilla u otra organización determine generando así una degradación de la violencia y ello en parte por la insensibilidad en la que recae la población civil, la tolerancia frente a hechos violentos contra los bandos enemigos del momento. Un ejemplo concreto lo encontramos con las FARC y el dominio que ejerció en el sur y suroccidente del país:

En estas regiones todo lo regulaban, desde el expendio de licores hasta la tenencia de la tierra y las riñas matrimoniales. Eran las encargadas de brindar servicios médicos y de manejar las escuelas. Los guerrilleros eran también los encargados de recaudar los impuestos. Aunque los líderes estaban orgullosos de la ausencia de ladrones en estas repúblicas independientes, el lado oscuro de la moneda quedaba

en evidencia durante la noche, cuando las “comisiones de disciplina” salían a visitar a los grandes terratenientes en busca de dinero. (Duzán, 1993, p. 75)

En este sentido “atacar a la población civil sometida al dominio del adversario es la manera como se trata de debilitarlo, de parte y parte” (Pécaut, 2001, p.178), siendo ellos los únicos perjudicados.

4.2.2. La violencia prosaica

Con este panorama entramos en la violencia prosaica, término acuñado por Pécaut para catalogar los resultados de la violencia que se ha revestido de crueldad, pero que no se inscribe a los ideales colectivos, ni en la búsqueda o identificación política, sino en la preservación de redes de dominio. Dentro de esta, se enmarca el narcotráfico, las guerrillas, los paramilitares, los actores de la violencia común y las bandas criminales, pues todos los anteriores tiene en común la defensa de un espacio de poder, más que un ideal político:

Se está bien lejos de la primera violencia y de la omnipresencia de una división “amigo-enemigo”, más lejos todavía de la guerra “sagrada” librada entonces por los conservadores. Las confrontaciones tienen ahora sin cesar contornos cambiantes y se combinan con las transacciones más prosaicas. El control de los recursos se convierten así en un medio estratégico central, el terror hace las veces de convicción, el prosaísmo dirige las acciones. (Pécaut, 2001, p.131)

Las víctimas sometidas a esta violencia, tienen una situación particular y es la imposibilidad de elegir un bando, ya que deben relacionarse con cada uno de los actores, inmiscuirse en la violencia o huir de sus hogares. De esta manera el desplazamiento forzoso y el secuestro se convirtieron en una de las principales estrategias de los actores en la violencia prosaica, en la que prima el sometimiento por medio del terror:

Los secuestros, muestran sobre todo, que la crueldad hace parte de las interacciones. Se podría pensar que, en oposición a la violencia ideológica, la violencia prosaica, puede dispensarse del uso de la crueldad. (Pécaut, 2001, p.133)

Hacen parte de esta categoría actos como la extorsión, las amenazas, las masacres, los atentados y las desapariciones. Estas últimas más usadas por las bandas criminales de la violencia desorganizada, en contraposición a la violencia organizada en la que se inscriben los grupos armados con un interés político y las luchas gubernamentales. Daniel Pécaut explica que esta violencia no nace de la carencia de canales de participación, como se pretende mostrar, sino mejor de la precariedad del Estado, que permiten la generalización de la violencia.

Como ya lo hemos visto, las redes de dominio, no son otra cosa que la estructura organizada de los actores del conflicto en pro de dicha apropiación de los territorios en crecimiento económico. Éstas mismas se modifican mediante el terror y los enfrentamientos entre los actores se realizan interpuesta la sociedad civil, corroborando su afectación en el conflicto armado:

Si el prosaísmo se entiende bien con la crueldad, es porque los protagonistas de la violencia casi nunca se enfrentan directamente entre sí. Apenas si se ha asistido a combates entre paramilitares y guerrillas. Los enfrentamientos se hacen interpuesta la población civil, y es mediante el terror ejercido sobre ella como los protagonistas se esfuerzan en modificar las fronteras de las redes de dominio y de tomar el control de nuevos territorios. (Pécaut, 2001, p.134)

El continuo interactuar de los diferentes actores armados sumen a la población en un estado de zozobra y angustia generalizada. Ya no sólo se debe afrontar la *violencia prosaica*,

sino que esa violencia va acompañada de las más grandes *interacciones estratégicas*, en donde sólo saldrán beneficiados los protagonistas del conflicto.

Esto permite comprender el que muchos guerrilleros hayan podido abandonar la lucha, pasar al servicio de los narcotraficantes o de la delincuencia común y, también a menudo, unirse al otro lado, el de los paramilitares. Son innumerables los jefes paramilitares que han hecho sus primeras armas en la guerrilla. El prosaísmo de la violencia, que conduce a que las diferencias entre unos y otros puedan parecer borrosas. (Pécaut, 2001, p.132)

Como podemos observar, la lucha armada ya no se vale de una ideología o de un sustrato político auténtico, como el vivido en los años setenta. Los jóvenes que militan con los diferentes grupos armados actualmente no poseen la convicción política o el fundamento sociológico con el que se peleaba en el pasado. Muchos de ellos ven en la lucha armada un modo de vida como el de cualquier otra profesión. Su deseo de desligarse de la condición de campesino y las ansias del reconocimiento, que se supone llevan los “comandantes”, los hacen huir o vincularse a un conflicto que no es suyo propiamente y que lo aleja cada vez más de su origen.

4.2.3. La banalización de la violencia

Resulta alarmante que en Colombia, después de cincuenta años y con tan alto número de víctimas, el conflicto armado siga aun siendo desconocido por muchos. Como lo habíamos dicho antes, la banalización de la violencia es la mutación de los valores, dada por los cambios sociales en todos los años de conflicto, generando la prolongación de una violencia generalizada. De la misma manera, esa mutación de los valores básicos crea en la población una disminución en la visualización de las situaciones de terror.

No es un secreto que la violencia ha tenido un costo económico alto, pero ha dejado una serie de beneficios logrando que muchos de los colombianos, vinculados con los entes gubernamentales o simples civiles, se hayan hecho los desentendidos del conflicto, mostrando así la mutación de los valores:

La violencia tiene, ciertamente, un costo económico, pero también tiene sus beneficios, y no sólo para sus protagonistas. Beneficios macroeconómicos: el dinero del tráfico de droga ha ayudado a que Colombia escape de la trampa del sobreendeudamiento externo y ha sostenido la demanda interna. (Pécaut, 2001.p. 147)

El manejo de la violencia como una posibilidad de ascenso económico se instaura en el imaginario colectivo y altera los valores de los individuos, pero no lo hace con las estructuras económicas de las élites, sigue afectando al pequeño y mediano emprendedor. La disponibilidad de nuevos capitales de origen ilegal, permitieron en su momento, acrecentar la productividad ganadera y agrícola. Muchos narcotraficantes se dieron a la tarea de compras masivas de haciendas y territorios, sacando del medio a viejos propietarios, generando con esto una especie de “contrarreforma agraria”.

Algo parecido ocurre en las ciudades, donde los jóvenes de escasos recursos se vieron tentados por los grupos guerrilleros o por los capos de la droga. Tal es el caso de los sicarios o asesinos a sueldo que pulularon en Medellín y Cali durante el reinado de los carteles o la de los jóvenes que vieron en la guerrilla la manera de acceder a un *status* más alto, dado por el uniforme, las armas o la mera organización.

Por otra parte, la irrupción de “nuevos ricos” entre las élites económicas no afectó en nada la distribución de la riqueza. Todo lo contrario, los fenómenos de violencia que se dieron

por estos hechos afectaron en primera medida a los más desfavorecidos quienes vieron sus ingresos absolutamente desiguales, aun cuando trabajaran fuertemente.

Toda esta modificación en los valores y la costumbre de la violencia, por parte de la población civil, genera que no sean perceptibles las situaciones de terror. Entre 1980 y 1995, el número de muertos de todo origen en Colombia superó los 300.000 y las masacres en ese mismo periodo provocaron más de 5000 víctimas⁶. Resulta realmente incomprensible cómo esta alta tasa de mortalidad no generara mayores reacciones entre la opinión pública. Es evidente entonces, que el terror es percibido por la población colombiana como un elemento más de la situación violenta enfrentada por el país. Las masacres, los secuestros, las violaciones, el desplazamiento, entre muchos otros, son rutinarios, por lo que no son sorprendivos y se consideran un componente más de la violencia.

De la misma manera la opinión pública cumple un papel determinante en la *banalización de la violencia*, pues se ha visto sesgada, controlada o simplemente despreocupada de la realidad que reina en el país. Las diferentes acciones bélicas o violentas no son comentadas más allá de lo estrictamente necesario, sólo las acciones particularmente espectaculares que lleven al sobresalto, son las notificadas o publicadas. Se establece entonces una clasificación oficiosa, que dependerá estrictamente de la cantidad de víctimas, de la crueldad de los actos o de los lugares donde ocurran. Por otra parte, muchas de esas noticias que salen a la luz pública, son rápidamente aplacadas por otros acontecimientos que resultan novedosos y llamativos, dejando entonces a las víctimas sumidas en el dolor y el olvido.

Como ya hemos observado, la victimización no corresponde a un solo bando o ejército, puesto que la competencia entre grupos por la territorialización, pone en medio del conflicto a la población, quienes se ven en medio de una lucha de poderes contra los cuales poco o nada puede

⁶ Datos referenciados por Daniel Pécaut en su texto *Guerra contra la sociedad* (2001).

hacer. La idea de que la violencia es la misma que la de hace unos años no es correcta, pues existe un nuevo contexto en el cual las zonas de dominio de los recursos, de poder político, de narcotráfico, se mantendrán en disputa por los diversos actores. Se perpetúa la incertidumbre del próximo protector o agresor.

Las víctimas de esta situación saben que no pueden confiar en su *protector* tal como indica Pécaut (2001) “han aprendido que cuando el control de una zona pasa a manos de otro protagonista armado, son ellos quienes tendrán que responder por todos los gestos que hayan realizado y serán castigados por el más pequeño” (p. 271). Como vemos, ese protector se puede convertir en su agresor y esto los lleva a no sentirse parte de un lugar, ya que no es posible la cimentación de lazos sociales que les permitan construir comunidad. “El no lugar es, ante todo, la ubicuidad. Ya no hay espacio privado (...) también es la incertidumbre de los criterios de evaluación de la posición de cada uno en las redes de control” (Pécaut, 2001, p.239). Este no lugar puede entenderse como una referencia simbólica de no sentirse dueño de su propio hogar. Sin embargo, es también el resultado real de la violencia, pues la movilidad permite asegurar una subsistencia en medio del conflicto, el desplazamiento forzado es una de las cifras más elevadas en el informe oficial de víctimas en conflicto armado.

A muchos el conflicto los obliga a dejar sus tierras y otra gran parte de los afectados desea salir de ellas. El desplazamiento es visto como una decisión del destino, así como la violencia se generaliza y se pierde la identidad de los actores, también el desplazamiento se convierte en una constante generalizada de las víctimas.

Por último, vale la pena resaltar todas esas víctimas del “terror”⁷, esas que surgen de la violencia descontrolada que busca no sólo doblegar o acabar con el enemigo, sino perturbar,

⁷ Término usado por Daniel Pécaut en su texto *Guerra contra la sociedad*.2001.

devastar y sembrar miedo absoluto en el oponente. Se retoman aquí métodos sanguinarios y letales para demostrar el poder ejercido por el enemigo:

Sus protagonistas, los paramilitares sobre todo, ya no se contentan con matar, sino que repiten las prácticas descritas por María Victoria Uribe: mutilan los cuerpos con el fin de demostrar que están dispuestos a destruir hasta los últimos restos de lo que es humano. (Pécaut, 2001, p.270)

El recurso del terror se acompaña generalmente del horror, para impedir de esta manera que la población afectada se resista y por el contrario se doblegue aún más. Se retoman entonces prácticas atroces que buscan no sólo acabar con la vida, sino con todo lo que signifique la existencia. Los cuerpos descuartizados, mutilados y manipulados son expuestos en lugares públicos a modo de advertencia. Hacer presenciar a las personas los asesinatos y torturas de sus familias, intimidarlos y ultimarlos son los diferentes grados a los que llega el terror.

Todo lo anterior tiene una finalidad concreta y es demostrar que no existen puntos medios, se está a favor o en contra, la neutralidad no existe y se somete a la población civil, obligándola generalmente a huir, concretando así su condición de víctima del conflicto.

5. CAPITULO 2. ANÁLISIS DE LA NOVELA LOS EJÉRCITOS DESDE LA REPRESENTACIÓN DE LA VÍCTIMA DEL CONFLICTO ARMADO EN LA OBRA LITERARIA

5.1. DE LAS VÍCTIMAS REALES A LAS FICCIONALES EN LA NOVELA *LOS EJERCITOS*

Los ejércitos (2007) de Evelio José Rosero Diago, es una novela que narra la historia de un profesor jubilado, Ismael Pasos y su esposa Otilia, quienes viven en San José, un pueblo azotado por la violencia, ubicado en una región cualquiera de Colombia. La historia inicia con Ismael como un hombre solitario y con gustos voyeristas. Su esposa Otilia, una mujer tranquila y consciente de los vicios de su esposo. Esta pareja de docentes, que se conoció en el pueblo vecino y se instalaron en San José, en donde cultivaron sus vidas, no anhelan irse, desean terminar allí sus días aun cuando la *guerra*, como ellos la llaman, toque a sus puertas. Han visto crecer e irse a muchos de sus coterráneos, incluida su hija, pues la violencia que se mantiene en la zona no deja otra opción.

La historia transcurre entre el patio de la casa de Ismael, las calles del pueblo, la casa vecina y las zonas montañosas aledañas, de donde llegan algunos campesinos huyendo de la guerra. La escuela del pueblo se encuentra desierta y es barricada del ejército; la parroquia no se ha salvado de los ataques, las calles son espacios vacíos e inseguros. En San José prima la incertidumbre, no se sabe cuándo ni quiénes pueden atacar. La violencia que aquí se narra es una muestra del conflicto armado que vive el país: atentados contra la población civil, lucha de poderes entre los ejércitos imperantes, secuestro, desplazamiento voluntario y forzado por sólo dar unos ejemplos de la problemática.

San José puede compararse con pueblos como Trujillo, Bojayá, el Salado u otros tantos que han sufrido los estragos de un conflicto que lleva más de cincuenta años. Es este lugar el que reúne, metafóricamente, un sinnúmero de colombianos que viven de primera mano los estragos del conflicto armado. Convergen aquí cada uno de los tipos de violencia antes analizados. Es San José, en su imaginario literario, la más clara radiografía de Colombia.

Hasta ahora hemos hablado del conflicto armado y su incidencia en la vida de los colombianos, así mismo, hemos dado una definición de víctima que nos permite leer la novela de Rosero como una expresión, bien lograda, del sufrimiento y el dolor de los afectados. El lector logra acercarse a las sensaciones del personaje y caracteriza a la víctima como actor principal. Generalmente, en las novelas de la violencia, el protagonista siempre ha sido el verdugo. Es él, el que capta la atención del narrador y es por medio de sus ojos que se conoce la historia.

Las obras literarias colombianas de la violencia de los años 50, muestran al *gamonal* en el centro de la historia, la *chusma*, los *pájaros* y todos aquellos actores del conflicto de la época. Con el surgir del narcotráfico, el foco narrativo se trasladó a los *capos* y el *sicario*. Más tarde llegarían, como objeto de estudio, los militares, guerrilleros y paramilitares. Todos estos protagonistas traerían consigo su propia mirada, su manera de interpretar la guerra y su manera de vivir la violencia.

La construcción de una memoria que posibilite el reconocimiento de la víctima y sus necesidades, es imperante en el momento político y social que está viviendo el país, pues para que exista una aproximación al fin del conflicto, es necesario darle un lugar a todas las personas que sufrieron en carne propia o de manera indirecta, las devastaciones de una violencia sin precedentes. Novelas como *Los ejércitos*, son necesarias para la transformación del pensamiento

colectivo, para poner la mirada, ya no excluyente, sino realista e integradora en las víctimas. Es Ismael Pasos el encargado de mostrarnos la realidad que le rodea, él como víctima directa del conflicto nos dará a conocer sus pensamientos, ideas y maneras de ver el mundo. Seremos testigos de sus sentimientos más ocultos y pervertidos; su impotencia y desesperación al no encontrar a Otilia y su manera de afrontar la violencia. Él como uno de los últimos pobladores de San José nos mostrará la devastación del lugar, nos llevará por un recorrido en la desesperanza y la muerte.

Ahora bien, en el proceso de investigación realizado se identificaron tres grandes grupos de víctimas representados en la novela: *víctimas de ataques a la población civil; víctimas de secuestro, desaparición forzada y extorción; y víctimas del desplazamiento*. Para el análisis de éstas como personajes, seccionaremos las interpretaciones según cada grupo. Por otra parte, esta interpretación estará directamente relacionada con los planteamientos hechos por Pécaut sobre las *interacciones estratégicas*, la *violencia prosaica* y la *banalización de la violencia* recordando que estos son elementos propios del conflicto armado colombiano, se relacionan cada uno entre sí y dan continuidad uno al otro.

5.1.1 Víctimas de ataques a la población civil.

Dentro de la *violencia prosaica* se cuentan los hechos que se han revestido de crueldad, pero que no se inscriben a los ideales colectivos, ni en la búsqueda o identificación política, sino en la preservación de redes de dominio quedando como producto la generalización de la violencia. Este tipo de situación se evidencia cuando es la población civil la afectada directamente y no existe una explicación o un actor directo de los hechos ocurridos. Este es el caso de Graciélita: “Tempranamente huérfana, sus padres habían muerto cuando ocurrió el último ataque a nuestro pueblo de no se sabe todavía qué ejército –si los paramilitares, si la

guerrilla: un cilindro de dinamita estalló en mitad de la iglesia” (Rosero, 2007, p. 12). Ella es acogida por Geraldina, el brasilero y su hijo Eusebio y trata de continuar su vida, sin perder lo que le queda aún de niñez.

Graciélita es ejemplo de ese ataque sin dueño. Ella tendrá que padecer, más tarde, como víctima de secuestro junto a Eusebio: “No sólo se llevaron al brasilero, sino a los niños” (Rosero, 2007, p. 75), comentan en el pueblo mientras van camino a visitar a Geraldina. La descripción hecha de la noche en la que se llevan los niños, es muestra de la delicadeza con la que Rosero entra en las emociones del personaje y logra transmitir el dolor de la pérdida, tan vívido como si fuese real.

Ismael, como protagonista, transita por el pueblo reconstruyendo junto a los moradores del lugar, los recuerdos de aquellos a los que la violencia se llevó. Personas que son nombradas, como panorama, para diseñar el ambiente desolador y sobre todo de incertidumbre que agobia a San José. Emilio Forero un recuerdo más de los muchos que se encuentran a lo largo de la novela “no cumplía todavía los veinte años cuando lo mató, en una esquina, una bala perdida, sin que se supiera quién, de dónde, cómo.” (Rosero, 2007, p. 32). Al contar este suceso, no se percibe mayor traumatismo, el grupo siente que es algo cotidiano, pues “la memoria de La Violencia contribuye así, de múltiples maneras, a que la nueva violencia no sorprenda, a que aparezca como “normal”, a que se difunda también fácilmente.”(Pécaut, 2001, p.112)

Sin embargo, un suceso estremece al pueblo: “El hallazgo del cadáver de una recién nacida esta mañana, en el basurero, ¿de verdad dicen eso?, sí, repiten: «Mataron una recién nacida» y se persignan: «Descuartizada. No hay Dios»” (Rosero, 2007, p. 35). De esta manera se revive la moral y acentúa el asombro por la crueldad con la que actúan. Pécaut explica que

este tipo de transformaciones de la moral hacen parte de las *interacciones estratégicas*, pues al desaparecer la imagen del amigo-enemigo, la comunidad aprende a sobrevivir al terror ejercido por los victimarios.

Estas interacciones entre los distintos actores del conflicto han dejado un alto saldo de víctimas a nivel nacional. La muerte de personajes representativos en la realidad colombiana, tales como Luis Carlos Galán, Francisco Pizarro, Rodrigo Lara, Jaime Garzón, entre muchos otros, han sido muestra de estas interacciones, donde se mezclan los actores con un fin, el de acabar con quien interfiere en sus planes:

Le dispararon a madre e hija. La menor murió en el acto, al tiempo que Mauricio alzaba en brazos a su mujer y la llevaba al hospital donde minutos más tarde falleció (...) Unos de los asesinos, detenido semanas más tarde, aceptó ser miembro de las Autodefensa de la región. Dijo que sus jefes se reunieron en tres oportunidades para planear el crimen, porque la mujer de Rey tomaba fuerza en sus aspiraciones a la alcaldía, y porque públicamente se negó a tener acercamientos con los paramilitares de la zona. El plan contó con la participación de un ex diputado, dos ex alcaldes, y un capitán de la policía. (Rosero, 2007, p. 144-145)

Ese terror que deben afrontar continuamente los colombianos, se refleja en los personajes del libro, quienes desarrollando actos cotidianos, deben pasar por las requisas matutinas, de las que no se escapa ningún madrugador. El profesor en medio de su caminata, debe acercarse al grupo de militares que les piden las cédulas. En la plaza se reúnen los que no llamaron en el listado, inicia la interrogación y deben soportar el trato que le dan los soldados a medida que

avanzan las preguntas. La estrategia del terror, es entonces un hecho permanente en el diario vivir de las víctimas: “Empiezan a salir de sus casas los que dormían en San José. Saben muy bien que somos los infortunados que madrugamos. Nos tocó.” (Rosero, 2007, p. 60)

Con un nuevo ataque, la población de San José se encuentra sometida, atemorizada, muchos desean salir, pero el miedo les invade. Ya no hay claridad en cuál es la mejor opción, quedarse y arriesgarse a morir en su pueblo o salir y morir en el camino:

Las voces me advierten que el pueblo ha sido sembrado de minas alrededor: será imposible salir del pueblo sin riesgo de volar por los aires, ¿en dónde estaba usted, profesor?, todas las orillas de San José las han plantado de quiebrapatas de la noche a la mañana, ya han desactivado unas setenta. (Rosero, 2007, p. 118)

En una sola noche cambia todo el panorama de una población, se pierde la seguridad y la tranquilidad. No es la primera vez que alguien se ha visto afectado por este tipo de atentados. Tal es el caso de: “Yina Quintero, la joven de quince años que pisó una mina y perdió el oído y el ojo izquierdo” (p. 118). No obstante con el daño que ya hacen estos artefactos, los ejércitos procuran ir más allá, causando el más alto grado de dolor y daño, demostrando así la sevicia y premeditación con que se cometen estas acciones: “Dicen las voces, son tarros de lata, cantinas de leche llenas de metralla y excremento, para corromper la sangre del afectado, qué verriondos, qué vergajos” (Rosero, 2007, p. 118).

El pueblo poco a poco se sume en la incertidumbre, muchos tratan de continuar con sus vidas, pero el miedo les invade. El terror, propio de la *violencia prosaica*, es evidente en los habitantes:

Desde temprano la gente se recoge en sus casas; los pocos negocios que insisten abren las puertas, desde la mañana hasta sólo parte de la tarde; después las puertas se cierran y San José agoniza en el calor, es un pueblo muerto, o casi igual que nosotros, sus últimos habitantes. (Rosero, 2007, p. 123)

Como ya hemos dicho: “los enfrentamientos se hacen interpuesta la población civil, y es mediante el terror ejercido sobre ella como los protagonistas se esfuerzan en modificar las fronteras de las redes de dominio y de tomar el control de nuevos territorios” (Pécaut, 2001, p.134). Esto es reflejado en la novela, donde Rosero (2007) con gran destreza nos notifica, de la manera más cruda, qué ocurre con la población:

Porque de nuevo somos noticia; aumentan los muertos, a días: después del ataque, de entre las ruinas de la escuela y el hospital, otros cadáveres aparecieron: Fanny, la portera, con una esquirla de granada que atravesaba su cuello, y Sultana García, la madre de Cristina, que apareció acribillada debajo de unos ladrillos «todavía con la escoba en las manos». (Rosero, 2007, p.123)

Todos estos sucesos, donde la población civil está en el centro del conflicto, desencadenan múltiples miradas, algunas llenas de resentimiento, otras de confusión, y otras de desesperanza:

“Vine a San José a no hacer nada” exclama a susurros, “no hay un solo niño que asista, ¿y cómo? Han puesto una barricada enfrente de la escuela; si ocurre una escaramuza no demoraremos en sufrir las consecuencias, seríamos los primeros.” (Rosero, 2007, p.70)

Es la voz del profesor Lesmes, director de la escuela, quien sirve como anclaje entre el pasado mundo escolar de Ismael y el violento presente que tiene que sortear. Estos personajes nos permiten ver el panorama que enfrenta San José, donde sus pobladores han perdido los derechos básicos, como lo son la salud y la educación. El ataque perpetrado por los ejércitos ha acabado con el hospital, asesinando hasta los heridos. La escuela ha quedado en pedazos y se piensa que hasta Dios los ha abandonado, pues el sacerdote también huye.

Todo lo anterior es común en la realidad colombiana, donde las poblaciones más alejadas se ven afectadas por los actos más crueles del conflicto. Estos lugares pasan inadvertidos ante la luz de los entes gubernamentales, demostrando así una gran precariedad del Estado frente a las políticas de protección a la población civil. El texto de Rosero (2007) muy bien lo describe, al nombrar a los soldados como una especie de carne de cañón, pues son jóvenes inexpertos, muertos de miedo, que saben bien que los van a matar; asisten a una conflicto que tampoco es el de ellos:

Son muy pocos y distintos, los combatientes que corren por sí mismos a la muerte. Me parece que ya no existen; sólo en la historia. «Seguro que hoy un putas de ésos me va a matar», me dijo un día un muchacho. (...) *Me voy morir*, dijo, y lo mataron, yo vi su cara rígida cuando lo trajeron, y no sólo a él: había otros tantos. (Rosero, 2007, p. 70)

Como indica Pécaut (2001) “la precariedad del Estado nacional permite que, simultáneamente, aflore sin cesar una violencia multifacética” (p.36). Esta situación se presenta en la novela principalmente en el abandono del ejército, con un solo batallón, constituido por jóvenes que no saben a qué se enfrentan. Durante el regreso de uno de los enfrentamientos entre

el ejército y un grupo insurgente, el capitán Berrío atenta contra la población civil, acusándolos de guerrilleros y disparando hacia los transeúntes.

La fuerza pública no tiene el poder para enfrentarse a los bandos contrarios. Hacia el final de la historia mientras el pueblo se encuentra en alerta por la posible llegada de una toma guerrillera o paramilitar, Chepe que ha recibido los dedos de su esposa y su hija como amenaza, corre en busca de ayuda, pero no tiene a quien acudir, la estación de policía se encuentra abandonada:

Alrededor de la puerta de la estación de policía, me veo yo, otro cuerpo, otra cara atónita. Como de común acuerdo hemos permitido que Chepe entre solo. Entra, y sale casi de inmediato, el rostro desencajado. Lo entendemos sin necesidad de escucharlo: no hay un solo policía en el puesto.” (Rosero, 2007, p. 179)

Esa violencia multifacética de la que habla Pécaut, es la misma que deja como saldo, víctimas como Rodrigo Pinto y su familia, quienes deben dejar su tierra en el campo para buscar refugio en el pueblo, pero encontrarse allí mucho más expuestos a los oprobios del conflicto. Rodrigo es asesinado luego de ser retenido, su esposa e hijo corren con la misma suerte.

Vemos entonces que los actores del conflicto operan sin un ideal claro. Sus estrategias pretenden imponer el terror, quienes actúan en él no son partícipes de las razones, sólo cumplen con las órdenes dadas y la meta es atemorizar a la población. Claudino Alfaro, uno de los hombres mayores en el pueblo y quien se destaca por ser “curandero”, vive a las afueras, subiendo la montaña, y es aprehendido por uno de los ejércitos. Su reacción es inesperada y devela la problemática antes planteada:

Y éste, quién es, por qué lo llevamos”, se decía uno de ellos. *Ninguno me conoce*, pensé, y era que tampoco yo los conocía, jamás los vi en mi vida; tenían acento paisa; eran jóvenes y trepaban; yo les seguía el paso, cómo no. (Rosero, 2007, p. 46)

Cabe aclarar que la *violencia prosaica* está directamente ligada a las *interacciones estratégicas*. En ellas se encuentran diferentes actos violentos, que tienen como objetivo la permanencia o traslado del poder de uno de los actores del conflicto. Estos actores bien pueden ser la guerrilla, el paramilitarismo o el ejército. Su actuar se rige por un beneficio propio, pero tiene una constante: poner a la población civil como escudo.

Ismael en su deambular en busca de Otilia, se ve vulnerado al encontrarse en la calle, y en medio de su disertación, afirma que la guerra sigue siendo la misma, que no es otra que la búsqueda del poder en el territorio: “¿Qué es? ¿será que voy a morir?, suenan más tiros, ahora son ráfagas –me paraliza, son lejanas: de modo que no era *otra* guerra, es la guerra de verdad, nos estamos volviendo locos, o nos volvimos” (Rosero, 2007, 63).

5.1.2. Víctimas de secuestro, desaparición forzada y extorción.

El secuestro, como la desaparición y la extorción son modos de acción inmersos en el actuar de los ejércitos ilegales, Pécaut (2001) afirma que “el prosaísmo aparece hasta en los métodos empleados por los protagonistas” del conflicto, “los secuestros muestran, sobre todo, que la crueldad hace parte de las interacciones.” (Pécaut, 2001, p.133). Con esto damos continuidad a lo ya expuesto y hacemos claridad que los hechos violentos son resultado de

muchas más variables, que son parte de las interacciones entre los cuatro ejércitos (paramilitares, guerrilla, ejército y narcotráfico) y que hacen parte de las estrategias de control.

La primera referencia que se encuentra en la novela a cerca del secuestro, es la de Marcos Saldarriaga, cuando todos los habitantes del pueblo acudían a la conmemoración de su desaparición:

Los 9 de marzo, desde hace cuatro años, visitamos a Hortensia Galindo. En esa fecha cuando muchos de sus amigos la ayudamos a sobrellevar la desaparición de su esposo, Marcos Saldarriaga, que nadie sabe si Dios lo tiene en su Gloria, o su Gloria lo tiene en Dios. (Rosero, 2007, p. 27)

Vecinos y amigos se encuentran en un ritual anual que ha ido cambiando a medida que pasa el tiempo, pues el secuestro o la desaparición son algo común, son hechos que están inmersos en el desarrollo de la guerra. Quienes acuden al encuentro con Hortensia, optan por hacer del momento una posibilidad para el disfrute o por lo menos, para el olvido momentáneo:

Incluso de dos años para acá, en su casa se pone música y, quiéralo o no Dios, como que la gente se olvida de la temible suerte que es cualquier desaparición, y hasta de la posible muerte del que desapareció. (Rosero, 2007, p. 28)

Otro ejemplo de la insensibilidad ante la pérdida se da cuando Ismael se encuentra con Fanny, mientras camina por las calle en la madrugada, la portera de la escuela le informa, como un hecho cotidiano, acerca de la desaparición de otra persona en el pueblo: “–Profesor, parece que hoy o ayer se llevaron a alguien” (Rosero, 2007, p. 63).

Pero insensibilidad se da básicamente por el temor, nadie quiere averiguar más de la cuenta, mostrar un interés desmedido lo puede llevar a la muerte. A nadie le importa realmente a quién es que se han llevado, esa desaparición hace parte de la cotidianidad, y como tal, todos viven con ello:

«Fue uno que se llevaron», comentan los parroquianos, ¿a quién se llevaron esta vez?, nadie lo sabe, y tampoco nadie se muere por averiguarlo; que se lleven a alguien es un asunto común y corriente, pero resulta delicado averiguar demasiado, preocupante en exceso. (Rosero, 2007, p.65)

De la suerte de Marcos Saldarriaga, Carmina Lucero y Claudino Alfaro, no se tenía mucha información, sólo hasta que Gloria Dorado, entrega a Hortensia una carta de Marcos, en la que explicaba su deseo de que nadie del pueblo abogara por él: “Le rogaba a Gloria Dorado no permitir que sus coterráneos abogaran por su liberación, pues ocurría lo contrario, harían las cosas al revés y tan al revés que tarde o temprano aparecería muerto en cualquier carretera.” (Rosero, 2007, p. 55). Sólo Claudino es liberado, pues no era necesario para ningún tipo de negociación y Carmina Lucero muere en cautiverio dos años después del secuestro.

Las transacciones del rescate de las víctimas, depende del objetivo del secuestro, por Marcos no habían solicitado nada aún, los motivos de sus aprehensión eran desconocidos, sin embargo, no ocurre lo mismo con el secuestro del brasilero. La gente comentaba a cerca de las *vacunas* que pagaba para mantener a su familia a salvo: “-Tengo entendido –dice- que el brasilero pagaba sus buenas vacunas, tanto a los paras como a la guerrilla, a escondidas, con la esperanza de que lo dejaran tranquilo” (Rosero, 2007, p. 68). No solo se lo llevan sino que

atemorizan a su familia, degollando a su ganado, nadie sabe quiénes se lo llevaron, pero existe la posibilidad que hubiese contrariado a alguno de los ejércitos que atacan al pueblo.

Por otra parte, el médico Orduz, afamado por su labor como cirujano, es otra muestra de los diversos motivos que tiene el secuestro: “Ha tenido suerte: las dos veces que la guerrilla quiso llevárselo se encontraba lejos de San José (...) al médico Orduz no pretenden llevárselo para pedir rescate, dice, sino usarlo como lo que él es, un gran cirujano” (Rosero, 2007, p. 68). Esto lo cuenta Ismael mientras beben una cerveza antes de ir a visitar a Geraldina.

El secuestro del brasilero, es la apertura de una serie de sucesos funestos. El secuestro de los niños Eusebio y Graciélita a media noche, guiado por el padre:

-Entró él a medianoche con otros hombres y se llevó a los niños, así de simple, profesor. Se llevó a los niños en silencio, sin decirme ni una palabra, como un muerto. Los otros hombres lo encañonaban; seguramente no le permitieron hablar (...) El mismo se los llevó a los niños de la mano. (Rosero, 2007, p. 78-79)

La desolación, la tristeza, la incertidumbre, vuelve a apoderarse de los habitantes, la voz de Geraldina remueve las fibras, todos a su alrededor creen sentir el dolor, son parte de la guerra y sin saber cómo deben vivir con las consecuencias de ella:

-¿Pero usted sabe lo que es esto?- le pregunta ella, con violencia intempestiva, como si se rebelara.

-Lo sé, lo sabemos todos –responde el médico, mirando en derredor. Todos, a nuestra vez, nos miramos, y es en realidad como si no supiéramos eso, como si de manera subrepticia entendiéramos eso, sin vergüenza, que no sabemos lo que es

esto, pero no tenemos la culpa de no saberlo, eso sí parecemos saberlo.” (Rosero, 2007, p. 78)

De aquí en adelante Ismael inicia una búsqueda desesperada de su esposa. Otilia había salido a buscarlo en mitad del asalto de los ejércitos, pero nadie la ha visto, nadie sabe nada de ella. No logran encontrarse, hay mucha tensión en el ambiente y parece que pueden tomarse el pueblo de nuevo. En el caminar de Ismael se representa el avance de la locura, no encuentra a Otilia y su sensatez se va deteriorando, así como la del pueblo, que ante el inminente ataque recuerda el temor de la primera toma, las personas huyen, buscan un refugio, pero Ismael no puede ocultarse hasta no encontrar a Otilia.

Después de este nefasto suceso, ocurre el último secuestro, el que rompe con uno de los sucesos más respetados socialmente: el nacimiento.

A Chepe le dejaron un papel debajo de la puerta: *«Usted señor tiene una deuda con nosotros, y por eso nos llevamos a su mujer embarazada. Tenemos a Carmenza y necesitamos 50 millones por ella y otros 50 por el bebé que está por nacer, no vuelva a burlarse de nosotros»*. (Rosero, 2007, p. 125)

Meses después, la fatalidad llega a manos de Chepe, un acto sangriento quebranta a uno de los pocos que había mantenido la calma: “Esa madrugada acababan de entregar a Chepe, por debajo de la puerta, igual que una advertencia definitiva, los dedos índices de la mujer y su hija en un talego ensangrentado” (Rosero, 2007, p. 177). Chepe rompe con el silencio que el pueblo ha manejado ante las desapariciones, en medio de su cólera se dirige hacia el centro del pueblo y a gritos se enfrenta a los invasores preguntando si son ellos lo que se tienen a su esposa e hija. Después se escucha un disparo, queda la incertidumbre si fue a Chepe a quien le tocó morir.

5.1.3. Víctimas de desplazamiento.

Como ya se ha dicho, los estragos que ha causado el conflicto armado colombiano en la población civil son enormes. Este el caso que ocurre con los desplazados. Aquellos hombres y mujeres que debieron huir de su lugar de origen con la esperanza de encontrar un sitio mejor donde continuar con sus vidas.

La continua mezcla entre las distintas violencias ha generado, hasta la fecha, más de seis millones de desplazados. La lucha entre guerrilla y paramilitares por la apropiación de la tierra ha generado una preocupante crisis social, donde los entes gubernamentales no han aplicado estrategias que permitan solucionar de raíz las dificultades de estos colombianos.

En la novela *Los ejércitos* son recurrentes las alusiones a este tipo de víctimas, aquellas que han debido salir huyendo por el terror que causan los actores del conflicto. Algunos de ellos se desplazan de manera voluntaria, es decir, tienen algún tipo de oportunidad de iniciar en otro lugar, así que parten antes de que la violencia toque a sus puertas:

-No había una sola muchacha en el patio. En el último año se fueron.

-¿Todas?

-Todas y todos, Ismael. –Me miró con reconvención-. Lo más sensato que pudieron hacer.

-No les irá mejor.

-Tienen que irse para averiguarlo. (Rosero, 2007, p. 49-50)

Otros, por el contrario, son sacados de maneras violentas, dejando atrás algún familiar muerto o desaparecido. Dejando la tierra, las posesiones, las historias, dejando todo aquello que lo hace ser un sujeto, un individuo participante de una comunidad:

No hace más de dos años había cerca de noventa familias, y con la presencia de la guerra –el narcotráfico y ejército, guerrilla y paramilitares- sólo permanecen unas dieciséis. Muchos murieron, los más debieron marcharse por fuerza: de aquí en adelante quién sabe cuántas familias irán a quedar. (Rosero, 2007, p. 61)

Como ya se ha dicho, el fenómeno del desplazamiento no fue tenido en cuenta dentro de las políticas gubernamentales desde sus inicios. A finales de los 40, con los brotes de violencia bipartidista, Colombia empezó a enfrentar este fenómeno: “La experiencia de numerosos campesinos, especialmente en las regiones cafeteras, desposeídos de sus bienes y obligados a desplazarse hacia las ciudades o las zonas de colonización” (Pécaut, 2001, p. 110). Hoy en día, ya se cuenta en Colombia con 6.598.604 desplazados⁸ registrados por la Unidad de Víctimas. No fue sino hasta que los desplazados superaron el millón que fueron vistos como una problemática a enfrentar:

Los desplazados mal hacían en multiplicarse en los límites de las ciudades, si apenas se percibía su existencia. Fue necesario que su número alcanzara el millón para que la iglesia y las ONG dirigieran su mirada hacia el problema, pero las autoridades departamentales y nacionales aún quieren pasar esto por alto. (Pécaut, 2001, p. 228)

Actualmente, los gobernantes de turno no han planteado políticas claras que lleven a la solución del problema. Si bien es cierto que con la creación de la ley 1448 de 2011, conocida como la *Ley de víctimas y restitución de tierras*, los desplazados empezaron a ser reconocidos

⁸ Datos suministrados por la Unidad de Víctimas hasta diciembre 01 de 2015.

como víctimas tangibles del conflicto armado colombiano, aún hay muchos civiles que no han recibido la ayuda pertinente.

Como ya se ha dicho, las continuas *interacciones estratégicas*, la *banalización de la violencia* y la *violencia prosaica* convergen, generando un entramado de dolor y víctimas a su paso. Los desplazados son un ejemplo concreto de ello. La búsqueda por la apropiación de la tierra, por parte de los diferentes ejércitos, ha generado el éxodo de colombianos a las grandes ciudades, donde generalmente encuentran oportunidades reducidas, que llevan al desempleo, al trabajo mal remunerado, a la estigmatización y al desarraigo.

Se tiene muy claro que el narcotráfico ha perturbado claramente el entramado social, y es tal la necesidad de contar con terrenos aptos para dicho fin, que no importa la manera cómo deban conseguirse:

Una gran parte de las masacres perpetradas por los paramilitares afecta estas regiones. El desplazamiento de población que resulta de sus acciones permite a los paramilitares apropiarse de los ingresos de la producción de coca sin depender ya de las guerrillas. (Pécaut, 2001, p. 177-178)

Es esto lo que ocurre con San José. Este pueblo pacífico, que puede ser cualquier poblado de nuestra realidad colombiana se ve amenazado por las siembras ilegales que hay a su alrededor. Es esta ubicación estratégica la que condena a sus habitantes:

Los cientos de hectáreas de coca sembrados en los últimos años alrededor de San José, la «ubicación estratégica» de nuestro pueblo, como nos definen los entendidos en el periódico, han hecho de este territorio lo que también los protagonistas del conflicto llaman «el corredor», dominio por el que batallan con

uñas y dientes, y que hace que aquí aflore la guerra hasta por los propios poros de todos. (Rosero, 2007, p. 124)

Hasta el momento, la mayoría de los habitantes del lugar habían conocido el desplazamiento por otras personas, reflejado en otras vidas, realidad de otros coterráneos:

Hace años, antes del ataque a la iglesia, pasaban por nuestro pueblo los desplazados de otros pueblos, los veíamos cruzar por la carretera, filas interminables de hombres y niños y mujeres, muchedumbres silenciosas sin pan y sin destino. (Rosero, 2007, p. 116-117)

Muchos se resisten a partir, no ven oportunidades en otros lugares. Saben, muy bien que la realidad, más allá de San José también es dura y que lo poco que tienen lo han conseguido con gran esfuerzo: “«No podemos abandonarlo» replican enardecidos varios hombres, «aquí la gente tiene lo poco que ha conseguido con esfuerzo, y no lo vamos a dejar tirado.»» El desalojo no es la salida»” (Rosero, 2007, p. 116).

Aun así deben partir, ya les han amenazado, les han advertido, no queda más nada por hacer:

- Nosotros nos vamos, profesor, no queremos morir ¿Qué podemos chistar?, nos ordenaron que nos vayamos de aquí, y nos tenemos que ir, así de simple.
-Venga con nosotros, profesor. Lo mencionaron en la lista. Oímos su nombre. Cuidado. Su nombre estaba allí. (Rosero, 2007, p. 192)

No resulta desconocida esta situación en Colombia, listas con nombres, hojas en blanco donde todo nombre es posible. Puede ser cualquiera, no hay seguridad de nada, nadie está a salvo. Los continuos cambios de actores, e incursiones de los mismos sumen a la población en un

futuro incierto, pues hoy puede ser uno y mañana el otro. Todos creen tener derechos sobre los desprotegidos, todos traen sus propias listas y propias reglas. Lo único claro es que se debe huir.

Así como en San José, los colombianos desplazados sacan lo poco que les queda. Huyen con la esperanza puesta en un futuro. Quieren empezar de nuevo, olvidar lo vivido, darse una oportunidad:

A la altura de la escuela encuentro un grupo de gente caminando en fila, en dirección a la carretera. Se van de San José: debieron pensar lo mismo que yo; son un gran pedazo de pueblo que se va. Lentos y maltrechos –hombres, mujeres, viejos, niños-, ya no corren. Son una sombra de caras en suspenso, ante mí, las comadres rezan balbuceos, uno que otro hombre se empecina en acarrear las pertenencias de más valor, ropa, víveres, hasta un televisor, ¿y usted no se va profesor? No, yo me quedo –me escucho a mí mismo resolver- (...) me despido de todos agitando esta mano. (Rosero, 2007, p. 190)

Es de esta manera como la novela *Los ejércitos* nos ha permitido reflejar la gran situación en la que se encuentran sumidos muchos colombianos. Las diferentes políticas del Estado y los distintos ejércitos, donde priman los intereses propios y no la de los ciudadanos, permiten que sea aún más tangible la mezcla de esas violencias enunciadas por Pécaut.

Rosero (2007) nos ha mostrado en su texto un panorama desolador, donde se vive la violencia desde el momento antes de nacer y no culmina aún después de la muerte. Son la bebé de Chepe y Geraldina la más cruda muestra de que la violencia ha arrasado con mucho de los que nos hace humanos. Ya no hay respeto por la vida y menos por la muerte.

5.2. CONFIGURACIÓN DE LOS PERSONAJES Y SU AUSENCIA DE FUTURO EN LA NOVELA.

La novela *Los ejércitos* permite al lector colombiano identificarse con cada una de las situaciones que allí son narradas. Colombia atraviesa una grave situación en lo que a seguridad y respeto de los Derechos Humanos concierne. El alto grado de inseguridad, la corrupción y falta de credibilidad en las instituciones del Estado, han llevado a que muchos colombianos quieran partir del país o simplemente se muestren indiferentes a la realidad que les rodea.

Aunque Colombia cuenta con gran diversidad de regiones y una multiplicidad de culturas, existe una constante: violencia y población civil. La suma de estos elementos da como resultado una variedad de víctimas, que han debido amoldarse a las diferentes situaciones que les depara la realidad. Es exactamente esto lo que ocurre con San José y sus habitantes, quienes después de vivir en un lugar tranquilo, rodeados de los recursos necesarios para subsistir reposadamente, casi de manera idílica, se ven afectados por la violencia desmesurada, el terror y un completo desconocimiento de lo que será el futuro.

Es este el tema que nos atañe en este momento, la configuración de dos personajes representativos en la historia y su *ausencia de futuro*. Iniciaremos entonces con una caracterización de Ismael Pasos y Rodrigo Pinto; miraremos luego cómo esta *ausencia de futuro* se puede ver referida en Pécaut (2001), para luego dar muestras tangibles de esta situación en el libro *Los ejércitos*.

Como ya se ha dicho Ismael Pasos es docente de profesión, oriundo de San José. Vivió algunos años fuera del pueblo para prepararse como maestro y luego regresar a su tierra para devolverle el favor. Es jubilado y la Secretaría de Educación le adeuda diez meses de pensión. Su

profesión le ha permitido conocer a todos los residentes de San José. Dio clases a los personajes más representativos del pueblo, tal como el alcalde, el sacerdote y algunas damas de clase. Cuenta con el respeto y reconocimiento de la población. Si bien es un personaje que refleja a un ciudadano común, tiene entre sus preferencias vivenciales el fisgonear a Geraldina, su vecina que se pasea desnuda frente a la piscina. Es notorio en Ismael su anhelo sexual, su deseo aún vivo por la mujer, que lo hace parecer inapropiado para un hombre de su edad:

Ni a ella ni a él parecía importarles la desnudez. Sólo a mí, pero no di muestras de esa solemne, insoslayable emoción, como casi nunca, en estos últimos años de mi vida, hubiese sufrido o pudiese sufrir la desnudez de una mujer. (Rosero, 2007, p. 17)

En estas acciones Ismael encuentra un momento de esparcimiento, logra desconectarse de la realidad de su vida, de sus gatos y peces, de su hija ausente, de su mujer. Su existencia transcurre en total calma y normalidad. Cuando era joven soñaba con un futuro en las montañas, en esas casas bellas que se veían a la distancia, quería transcurrir el resto de su vida allí. Aunque lo anterior no fue posible, ha logrado desarrollar en gran parte lo que ha deseado, con su esposa y la tranquilidad del hogar. En algún momento de su vida conoció muy de cerca la violencia:

Y otro hombre, reverso de la medalla, joven y delgado hasta los huesos (...) iba directo hasta él, le ponía la punta de un revólver en la frente y disparaba (...) Y fue cuando descubrí: el asesino no era un hombre joven; debía ser un niño de once o doce años. Era un niño. (Rosero, 2007, p. 22)

El anterior suceso llena de temor a Ismael al descubrir que el asesino es tan sólo un niño, un niño como cualquiera de los que asiste a su clase. El profesor nos da cuenta en su relato del

pasado y el presente de San José, él es el encargado de mostrarnos qué ocurre en aquel lugar que pasó de ser un “pueblo de paz” a uno de absoluto temor.

Después del último ataque de los ejércitos, que ocurre practicante en el patio de su casa y en donde desaparece Otilia, Ismael empieza a perder su rumbo, su única razón de vivir se centra en que ella regrese, en esperarla. Sus esperanzas no van más allá del anhelo de su regreso: “Dormiré en la cama y me convenceré por unas horas que duermo contigo, Otilia: que esperanza” (Rosero, 2007, p. 139). Considera que allí ya no tiene nada, que todo cuanto se había construido se ha desmoronado. Le gustaría morir: “De verdad –le digo a Chepe en secreto, como si se lo gritara-, me hubiera gustado estallarme, pero solo” (Rosero, 2007, p. 133). Lo único que lo mantiene con vida es pensar que Otilia regresará y que él debe estar allí para esperarla.

Poco a poco el personaje se sume en la tristeza, el desobligo y la desesperanza. Mientras muchos de sus coterráneos parten, a él lo detienen sus recuerdos, su vida construida allí, su esposa. Aunque ya no hay un futuro, él debe esperar.

En contraposición a la desesperanza de Ismael, encontramos a Rodrigo Pinto, un joven que vive en la montaña. Su esposa y sus cinco hijos lo motivan a querer salir a delante. No quiere irse del campo, del lugar que lo vio nacer, quiere convencerse de que allí va a permanecer. Le jura al profesor Pasos que no va a partir, que su esposa está de acuerdo con su determinación. Sin embargo, ve a lo lejos, en otra montaña, la posibilidad de un futuro. No necesita más que una marrana preñada, un gallo, una gallina, yucas y la compañía de su familia para querer hacer su vida lejos del conflicto:

« ¿Si ve esa montaña?», me preguntó señalando el pico más lejano de otra montaña, en mitad de las demás pero mucho más lejos, tierradentro: «Allá voy a

irme. Es lejos. Pues mejor. Me voy hasta su cima, y nadie me vuelve a ver, jueputa (...) Montaña bella, productiva. Esa montaña puede ser mi vida (...) Allá lo espero, cuando tenga a su Otilia con usted. Después nos iremos todos, ¿por qué no nos vamos todos? >>. (Rosero, 2007, p. 162-163)

Es Rodrigo la muestra viva de aquellos que ven en otros lugares la única posibilidad de subsistencia. Se ratifica aquí la visión del desplazado, aquella víctima que debe dejarlo todo, con la esperanza de encontrar un lugar mejor. Vale la pena entonces hablar acerca de lo que dice Pécaut sobre los desplazados:

Desde 1995 Colombia ha descubierto la ampliación del fenómeno del “desplazamiento forzado”. Hasta la fecha, los datos aproximados hacían referencia a la existencia de quinientos a 600.000 desplazados. Según las evaluaciones más recientes, su número está alrededor de un 1’500.000, lo que significa que constituyen un problema social y político mayor. (Pécaut, 2001, p. 257)

Actualmente Colombia cuenta con 6.598.604 desplazados⁹ registrados por la Unidad de Víctimas. Este ha sido un fenómeno que con el paso de los años se fue acrecentando, convirtiéndose no sólo en una dificultad para aquellos que deben dejarlo todo, sino para las ciudades que los reciben. Por muchos años el Gobierno Nacional hizo caso omiso al fenómeno, las autoridades locales no mostraban gran afán en prestar asistencia, pues sentían que esto ayudaría a fijarlos definitivamente en el sitio al que llegaban. Las organizaciones

⁹ Datos suministrados por la Unidad de Víctimas hasta diciembre 01 de 2015.

gubernamentales prestaron ayuda en algunos casos, sin embargo no comprendieron que se trataba de ir más allá de las acciones inmediatas.

Por mucho tiempo los desplazados fueron ignorados y no gozaron del respaldo que se supone debe dar su condición de ciudadanos colombianos. Pécaut (2001) nos habla en algún momento de los “apátridas”, aquellos desplazados europeos que en el periodo del fascismo se vieron obligados a partir a otros países. La tragedia que embargaba a los apátridas es que estaban desprovistos de todo derecho:

Los derechos, los que se han definido a lo largo del siglo XIX, están relacionados con la pertenencia a una comunidad nacional. Los apátridas son, por principio, los “sin derechos”. Su gran desgracia, comenta Arendt, es la “de haber dejado de pertenecer a una comunidad. Su tara no es que no son iguales frente a la ley, sino que no existe para ellos ninguna ley”. (Pécaut, 2001, p. 261)

Si bien los desplazados colombianos no son apátridas, pues pertenecen a una comunidad política, en muchos aspectos sí son similares. En primera medida fueron despojados de su lugar de origen, se ven privados de las relaciones sociales que habían tejido allí. Muchos de ellos van dejando atrás desgarradoras historias de familiares muertos o desaparecidos. Han perdido la unidad familiar y sobre todo, han perdido su identidad. Se empieza a proyectar entonces una idea de no futuro, pues al no tener un sentimiento comunitario, un sentimiento de ciudadano se anula el sentido de pertenencia, y tal como lo indica Pécaut (2001) “la garantía sobre la propiedad de la tierra es lo que engendra una inserción en la trama social: es portadora de una memoria y de un futuro por medio del cual el individuo se reconoce como persona” (p.264). Al no existir la tierra, no hay una memoria, no hay una identidad y por ende no hay un futuro visible.

En este sentido, la mayoría de los habitantes de San José sólo contemplan una posibilidad de futuro lejos de allí. Se convertirán entonces en desplazados, dejarán su tierra, su historia, su identidad, para migrar a las grandes ciudades que muy probablemente no brindarán mayores oportunidades. Ellos conocen muy bien este fenómeno, lo vivieron de primera mano en una oportunidad:

Hace años, antes del ataque a la iglesia, pasaban por nuestro pueblo los desplazados de otros pueblos, los veíamos cruzar por la carretera, filas interminables de hombres y niños y mujeres, muchedumbres silenciosas sin pan y sin destino. Hace años, tres mil indígenas se quedaron un buen tiempo en San José, y debieron irse para no agravar la escasez de alimentos en los albergues improvisados. (Rosero, 2007, p. 116-117)

Aun así deben partir, tal como lo han hecho las muchachas y los jóvenes del pueblo desde años atrás, aquellos que buscando un mejor futuro debieron dejar a sus padres, amigos y familiares. Así como ocurre con María, la hija de Ismael. Ella ha tenido la posibilidad que muchos otros anhelan, un hogar, unos hijos, una casa lejos del conflicto. Ella no vivirá la guerra en carne propia, pero la vivirá de cerca, la vivirá con sus padres. No importa cuánto haya logrado alejarse físicamente, la violencia tocará a su puerta.

La partida de los jóvenes del pueblo es una muestra clara de que en San José ya no hay futuro. Al quedarse sólo los ancianos y las personas mayores no hay probabilidades de que el pueblo renazca, de que se levante de la ola de dolor y destierro. Los pocos niños de los que se habla en la novela, aparecen para ser asesinados, como es el caso de la niña descuartizada y de la bebé de Chepe. O en su defecto para encontrarse al borde de ella, como ocurre con la granada:

Al llegar encuentro varios niños agazapados en círculo sobre la tierra, al filo del andén. Les pido permiso para pasar, pero siguen quietos, las cabezas casi tocándose. Me asomo por encima y descubro las manos de los niños extendidas, delgadas y morenas en torno a la granada de mano. «La granada», me grito, «sigue aquí.». (Rosero, 2007, p. 129)

Ya los niños no cuentan con seguridad, educación o salud. Su escuela se ha convertido en una trinchera, no asisten a ella por temor a ser atacados. La educación, aquella que permite oportunidades para el futuro no está presente en San José. Los niños, al igual que los jóvenes abandonan el pueblo. Ellos, que son el sinónimo de futuro, también se van.

Es de esta manera cómo la novela nos plantea un panorama muy desolador, donde cada acción y cada personaje sumen en más tristeza el lugar. En San José ya no queda nada, sólo quedará Ismael: “Quedaré solo, supongo, pero de cualquier manera haré de este pueblo mi casa, y pasearé por ti, pueblo, hasta que llegue Otilia por mí”. (Rosero, 2007, p. 194)

Para finalizar, es importante retomar la caracterización de Rodrigo Pinto, pues es él la muestra más contundente y metafórica de que allí ya no hay futuro. Él, quien quería partir a la montaña e iniciar de nuevo con su esposa y cinco hijos, es acribillado por uno de los ejércitos. No queda nadie con vida. Ellos, los que no querían dejar la tierra que les vio nacer, mueren en ella, sin más oportunidad:

En vano busco con mis ojos a Rodrigo pinto y su mujer y sus hijos. En vano busco a Rodrigo y su sueño, su montaña. Pregunto por él: uno de sus vecinos de vereda meneaba la cabeza, y no lo hace tristemente, como yo hubiese esperado. Por el

contrario, parece a punto de contar una broma: me dice que vio su sombrero flotando en el río, y sigue andando con los demás, sin atender a más preguntas, «¿Y la mujer de Rodrigo, y sus hijos?» insisto, cojeando detrás, «Fueron siete», me grita sin volverse. (Rosero, 2007, p. 193)

Con Rodrigo y su familia muere la esperanza del futuro, ya nada más queda. Los últimos pobladores parten, se van a la nada, se van a la incertidumbre: “Hay desplazados que parten “para siempre”, mientras que muchos piensan regresar. Interviene aquí nuevamente el corto plazo que inhibe cualquier proyección sobre el futuro”. (Pécaut, 2001, p. 273)

En la primera curva de la carretera los veo desaparecer. Se van, me quedo, ¿hay en realidad alguna diferencia? Irán a ninguna parte, a un sitio que no es de ellos, que no será nunca de ellos, como me ocurre a mí, que me quedo en un pueblo que ya no es mío: aquí puede empezar a atardecer o anochecer o amanecer sin que yo sepa, ¿es que ya no me acuerdo del tiempo?, los días en San José, siendo el único de las calles, serán desesperanzados. (Rosero, 2007, p. 193)

En Ismael sólo queda la desesperanza, la soledad, el miedo, la zozobra, la incertidumbre. Ya no importa quién es, sólo importa el futuro que le espera: “Les diré que me llamo Jesucristo, les diré que me llamo Simón Bolívar, les diré que me llamo Nadie, les diré que no tengo nombre y reiré otra vez, creerán que me burlo y dispararán, así será”. (Rosero, 2007, p. 203).

6. CONCLUSIONES

Como ya lo hemos dicho con anterioridad, Colombia vive una gran problemática frente al conflicto armado y el número de víctimas que éste ha arrojado. Sus implicaciones en la población civil han dejado grandes huellas de dolor, muerte y desplazamiento. Es de esta manera como, teniendo en cuenta el análisis realizado en el transcurso de este trabajo, sintetizaremos las conclusiones a las que hemos llegado, sin dejar de lado los aspectos conceptuales y literarios que nos trajeron hasta el objeto de nuestro análisis.

Apoyados en la ley 1448 de 2011 y en el texto *Guerra contra la sociedad* de Daniel Pécaut, se determinaron tres instrumentos teóricos: *las interacciones estratégicas en el proceso de victimización, la violencia prosaica y la banalización de la violencia*. Dichos instrumentos permitieron identificar en la novela *Los ejércitos* tres grupos de víctimas: *víctimas de ataques a la población civil; víctimas de secuestro, desaparición forzada y extorción; víctimas de desplazamiento*.

Finalizado el proceso anterior y gracias al análisis nos lleva a determinar que Ismael Pasos y San José son una representación del contexto colombiano actual, donde la población civil resulta ser la más perjudicada y la única víctima tangible de los sucesos. Es Ismael el encargado, desde su visión de víctima, mostrarnos cada uno de los personajes afectados, sus vivencias, su dificultad y su desenlace.

Por otra parte, comprobamos que cada uno de los personajes de la novela muestra, en mayor o menor medida, las huellas del conflicto que se vive en San José. Nadie está a salvo, es necesario huir si se quiere conservar la vida, suceso cotidiano en el país y que es absolutamente corroborable con las estadísticas que se arrojan sobre el desplazamiento forzoso en Colombia. De la misma manera, el libro nos indica los problemas que ha desencadenado el narcotráfico con los

distintos ejércitos, reflejando claramente las *interacciones estratégicas* de las que nos habla Pécaut y que son más que evidenciadas en la realidad actual.

Como última conclusión, podemos señalar que San José es toda la configuración de “ausencia de futuro”, allí ya no queda nada, pero quien logra escapar se enfrentará a una realidad tanto o más grave como la que vive. De acuerdo a Pécaut y los resultados arrojados por las investigaciones del Centro de Memoria Histórica, los desplazados se ven afectados luego por la pobreza, el desempleo, la segregación y en la mayoría de los casos en el olvido por parte de las instituciones gubernamentales. Pues bien, en la novela de Rosero se pueden advertir todas esas huellas que quedan en los personajes, los que los hacen evidenciar una “ausencia de futuro”. Todos parten sin saber específicamente a dónde, ya no queda nada en San José. Todos los elementos que representan el futuro están ausentes en ese lugar: la escuela y el hospital son destruidos, las mujeres y hombres jóvenes han huido con antelación, los pocos niños por nacer han sido secuestrados o asesinados y las ilusiones de una nueva vida en la montaña son deshechas con la muerte de Rodrigo Pinto.

Vemos entonces cómo *Los ejércitos* se establece como una de las pocas novelas en representar el fenómeno de las víctimas del conflicto armado colombiano desde la voz de la propia víctima y en darle un lugar dentro de la literatura colombiana.

7. REFERENCIAS

Duzán, M. J. (1993). *Crónicas que matan*. Bogotá, Colombia: Tercer mundo editores.

Grupo Editorial de Memoria Histórica. (2013); *Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Capítulo 5. *Memorias: La voz de los sobrevivientes*. (337-339). Bogotá, Colombia.

Ley 1448 de 2011. Ley de víctimas y restitución de tierras.

Palacios, M. (1995). *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Santafé de Bogotá, Colombia: Editorial Norma.

Palacios, M. & Safford, F (2002). *Colombia País fragmentado, sociedad dividida: Su historia*. Santafé de Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.

Palacios, M. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958 -2010*. Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica.

Pécaut, D. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta Colombiana, S. A.

Rosero, E. (2007). *Los ejércitos*. México D. F. Tusquets.

Valencia, A. (2007). *Derecho Internacional Humanitario: Conceptos básicos, infracciones en el conflicto armado colombiano*. Bogotá, Colombia.

Valencia, A. & Pizarro, E. (2009). *Ley de justicia y paz*. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.

Valencia, C. (2007). *Contrapunto y expresividad en Los ejércitos de Evelio Rosero*. Poligramas, 28.

8. BIBLIOGRAFÍA

Ahumada, C., Caballero, A., Castillo, C., Guhl, E., Molano, A., Posada, E. (2002). *¿Qué está pasando en Colombia? Anatomía de un país en crisis*. Bogotá, Colombia: Áncora Editores.

Conferencia Episcopal de Colombia. (1995). *Derechos Humanos. Desplazados por violencia en Colombia*. Bogotá, Colombia: Kimpres Ltda.

Martínez, N. & Silva, O. (2012). *La visibilización del sujeto víctima, las instituciones y las luchas políticas por la memoria como categorías de análisis para el estudio de la memoria*. Revista colombiana de educación, nº 62. Bogotá, Colombia.

Padilla, I. V. *Los ejércitos: novela del miedo, la incertidumbre y la desesperanza*. Universidad nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

Pécaut, D., Sampson, A., Valencia, A., Salazar, B., Álvarez, A., Rodríguez, A. N... Henao, D. Reflexiones sobre la violencia en Colombia. *Violencia, guerra y paz una mirada desde las ciencias humanas* (pág. 25-70). Cali, Valle: Unidad de Artes Gráficas de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle.

Sánchez, G. & Peñaranda, R. (2009). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Medellín, Colombia: La Carreta Editores E. U.

Valencia, C. (2007). *Contrapunto y expresividad en Los ejércitos de Evelio Rosero*. Poligramas, 28.

Valencia, H. *La cuadratura del círculo: una evaluación temprana del proceso de paz en Colombia*. Universidad de Yale.

Vargas, S. *La literatura como trabajo de memoria: disputas por la definición de pasados conflictivos en dos obras de ficción*. Universidad Iberoamericana. Ciudad de México, DF, México.

Zuleta, E. (2008). *Colombia: Violencia, democracia y Derechos Humanos*. Medellín, Colombia: Hombre Nuevo Editores.